3 1761 088

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/marsinorillasdra00eche

JOSÉ ECHEGARAY

A.
No 11

MAR SIN ORILLAS

DRAMA

en tres actos y en verso, original

SEPTIMA EDICION

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1914

MAR SIN ORILLAS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MAR SIN ORILLAS

DRAMA

en tres actos y en verso

ORIGINAL DE

JOSÉ ECHEGARAY

Representado por primera vez en el TEATRO ESPAÑOL
el día 20 de Diciembre de 1879

SEPTIMA EDICIÓN

MADRID

A. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA 11 DUP

Teléfono número 551

1914

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
BLANCA, marquesa de Castro.	Sra.	Marín.
MARTÍN, marqués de Castro.	Sr.	Jiménez.
LEONOR DE MEJÍA.....	Srta.	Mendoza Tenorio.
LEONARDO DE AGUILAR..	Sr.	Calvo (D. Rafael).
CAMILO DE AGUILAR		Calvo (D. Ricardo).
CELIA.....	Srta.	Martínez Casado.
SANABIA.....	Sr.	Alisedo.
HACÉM.....		Luna.
DON LUIS DE AGUILAR...		Vico (D. Manuel).
DON HERNANDO DE OSORIO		Calvo (D. José).
RIVERA.....		Moreno (D. Pedro).
LISARDO..... ..		Calvo (D. Alfredo).
BROCAMONTE.....		Cucesa (D. José).
ALCALDE.....		López Chico (D. E.)
CABALLERO 1.º.....		Calvo (D. Fernando).
CABALLERO 2.º.....		Jiménez (D. Mariano).
CABALLERO 3.º..		Corral (D. Fernando).

Caballeros, lacayos, una ronda, etc.

Epoca de Carlos V ó Felipe II

La acción en el primer acto en Barcelona, los dos últimos en un castillo morisco próximo á Barcelona

AL EMINENTE ACTOR

D. Rafael Calvo

Estas breves líneas son una prueba de gratitud y de admiración, no una dedicatoria.

Dedicatoria no podría ser, porque no puedo dedicarle á usted lo que á usted pertenece por derecho de salvamento marítimo.

Su amigo,

J. Echegaray.

ADVERTENCIA

Se ha impreso el drama del mismo modo que se representó la noche del estreno: sin cambiar ni un verso, ni una palabra, ni una sílaba.

Al final se indican en notas las ligerísimas modificaciones introducidas posteriormente para aligerar dos escenas, y se hacen algunas advertencias importantes para entender el pensamiento del autor.

ACTO PRIMERO

La escena representa una plaza de Barcelona. A la izquierda del espectador, en primer término y avanzando algo hacia el centro, una casa pobre y vieja: en ella se ve una puerta, alguna ventana, y muy á la izquierda, un pequeño nicho en el espesor del muro, con una Virgen, y delante un farol suspendido de una cadena: debajo casi del nicho, un banco de piedra; todo esto, es decir, puerta de la casa, nicho y banco, completamente de frente al espectador.

A la derecha otra casa mayor, pero negra y sombría, colocada de costado, de manera que haga frente á la plaza, no al espectador; la puerta está cubierta por un pequeño soportal formado por dos ruines columnas de madera: en las hojas de la puerta de la casa hay argollas de hierro, y todo debe estar dispuesto de tal manera, que un hombre, cogiéndose con un brazo á una de las columnas y asiendo una de las argollas, pueda impedir que desde dentro abran la puerta. Encima del soportal un balcón: por él sale un vivo resplandor.

De frente un enorme palacio ya muy antiguo: entre palacio y casa fuerte. La puerta grande, con grandes clavos de hierro, con un escudo de piedra encima y un balcón. A dicha puerta se sube por tres escalones. A un lado y otro los acometimientos de calles y callejas.

Es de noche, sumamente obscura. La plazoleta desierta. Al levantarse el telón se oye música en la casa de la derecha, y cantos y algazara. Después, todo cesa.

ESCENA PRIMERA

HACÉM saliendo de la casa de la izquierda

Obscura la noche viene
y anda bochornoso el tiempo;
ese tabuco me ahoga
y estoy fuera de mi centro
haciendo vida de monje
ó de anacoreta, y siendo
de la noble Barcelona
un villanote entre ciento.
Cuando tomo calle abajo
y á ver alcanzo su puerto,
cuando respiro las brisas
del mar y su oleaje fiero
salpica con blanca espuma
mi rostro atezado y seco,
me parece que me escupe
á la faz mi vilipendio;
que su ronca voz me llama,
que abre para mí sus senos,
y que ensancha su horizonte
llamándome desde lejos.
(Pequeña pausa. Después, como hablando consigo mismo.)
¡Hacém, Hacém, no naciste
para oficio de usurero,
ni menos para otro oficio
que tal es, que aún vale menos!
Verdad que sin riesgo alguno
se gana oro de buen precio
prestando á un mancebo loco
y rico, y con padre viejo,
y cobrando en proporción
de la herencia del mancebo;
ó á una bella cortesana
dando galas, que dan luego
fatigas á los galanes
y ganancias al tercero;
mas oro que así se gana
no puede ser de provecho.

¡Denme una buena galera
dócil al aire y al remo,
por su forma tunecina,
de Argel por sus masteleros,
que salte sobre las olas
azotada por el viento,
cual caballo á quien desgarra
los ijares duro acero:
que de cualquier costa ó peña
haga asilo ó haga puerto,
y entre y salga sin temor
á huracanes ni cruceros:
con dos cañones por banda
y una culebrina al centro
con bandera berberisca,
ó sin ella, y trapo negro!
¡Denmé después, de un galeón
de oro y de plata repleto,
la fácil presa, ó la lucha
á muerte con tres veleros,
de la real marina todos,
todos en mi seguimiento!
¡Denme una playa y en ella
castillos, villas ó pueblos
que incendiar, y cien hermosas
de blanco ó tostado seno,
que el pirata berberisco
se lleve á Argel por trofeo!
¡Denme esto, y llévese el diablo
al fondo de los infiernos
esta negra plazoleta
con sus sombras y su cieno;
ese palacio almenado
(Señalando al fondo.)
ó ese torreón palaciego;
esa noble mancebía
(Señalando á su izquierda.)
escándalos de estos reinos,
de la cortesana Taïs
morada, bazar y templo;
y llévese á más el alma
de Hacém, que no se la niego
con tal que deje al corsario
á cambio del alma el cuerpo.

ESCENA II

HACÉM; un ALCALDE y su ronda

Alc. ¿Qué haces, villano, en la calle?
Hacém Esa es mi casa.
Alc. Silencio.
¿No escuchaste hace tres horas
el toque de cubre fuego?
Tienes mala catadura
y mala fama.
Hacém Lo creo.
Alc. Y al fin concluirá trabando
relaciones tu pellejo
con una cuerda...
Hacém ¡Señor!...
Alc. Que el verdugo, con respeto,
ó te cruja en las espaldas
ó te anude en el pescuezo.
Hacém No dí ocasión... y otros hay...
(Señalando á la casa de la cortesana.)
Alc. No más replicar, y adentro;
y si al volver solo un rayo
de luz á tu puerta veo...
Hacém No es fácil, que el resplandor
de ahí enfrente deja ciego. (Con intención.)
Alc. Lo dicho.
Hacém Señor Alcalde...
Alc. Lo dicho, que pronto vuelvo.
(Hablando con los suyos.)
¡Este es judío ó es moro,
ó es hereje ó todo á un tiempo!
(Salen el Alcalde y su gente por uno de los lados.)

ESCENA III

HACÉM, LEONARDO, el MARQUÉS, la MARQUESA. Esta última dentro del palacio hasta el momento que el diálogo indica. Leonardo sale del palacio y viene al centro. El Marqués queda en la puerta, pero en la parte alta. Hacém en el soportal de la derecha

Marqués Mira la puerta que pasas,
que tu madre queda dentro;

mira bien; y que nos dejas
porque quieres.

Leon. Porque debo.

Marqués Piensa, si puedes pensar,
y si tus enojos ciegos
espacio dan al discurso
y camino al pensamiento,
que de tu padre desoyes
el mandato.

Leon. ¡Vive el cielo!
¡Vos mi padre! No lo sois:
si ahí resonase su acento,
ni yo estaría tan fuera
ni estaríais vos tan dentro.

Marq. (Apareciendo en lo alto de la escalinata, al lado de su esposo.)
¡Basta, Martín; déjale.

Leon. ¡Madre, adiós!

Marq. Quien el respeto
debido niega al esposo
de su madre, quien soberbio
hace ley de su capricho
y huye del hogar paterno,
ni el nombre de hijo merece,
ni yo por hijo lo tengo.

Marqués ¡Por última vez!

Leon. ¡Adiós!

Marq. Tú lo quieres.
(Se retiran él y la Marquesa.)

Leon. Yo lo quiero.

ESCENA IV

LEONARDO, HACÉM

Leon. No pisaré tus umbrales,
palacio de mis abuelos;
no penetraré en tus muros,
vil y traidor monumento,
que con tus sillares todos
pasas de un dueño á otro dueño,
sin dejar como tristeza
ni un ruin escombro en el suelo.
Yo sólo un padre tenía;

pues murió, ¡mi padre ha muerto!
A otro hombre llame su esposo
la que me llevó en su seno.
Esposo bien; pero padre,
sólo yo decirlo puedo,
ella no; y es gran fortuna:
lo profanará lo mesmo
que ha profanado el de esposa,
trocando tan sin consejo
lutos y mantos de viuda
por galas y nupcial velo.
¡Mis padres han muerto ya,
ó yo por muertos los tengo:
ella muerta, y en la tierra,
él muerto, pero en el cielo,
y es bien que llore á los dos,
pues que al uno y otro pierdo
¡Noche, préstame tus lutos!
¡Virgen, dame tus consuelos!

(Se deja caer en el banco de la izquierda y oculta el rostro entre las manos.)

Hacém (Este pobre necesita
y merece un compañero.
Si él quisiese serlo mío
y tomara mi consejo,
mañana mismo á Levante
haríamos derrotero.
A bien que está de vacío,
columpiándose en el puerto,
tres días ha, la balandra
del renegado Rugiero.)

ESCENA V

LEONARDO, siempre en el banco, sin reparar en lo que le rodea; HACÉM, CAMILO, que sale lujosamente vestido de la casa de la derecha

Camilo El tiempo corre y no vienen.
¿Habranme dicho verdad?
¿Será cierto que vencidos
de esa niña singular
los virginales escrúpulos,
su belleza angelical

va á pasar esos dinteles
en los brazos de Satán?
A la vez temo que venga
y temo si no vendrá;
á la vez hielo de muerte
siento y lavas de un volcán;
me repugna que las luces
de esa torpe bacanal
alumbren la palidez
de aquella divina faz,
y quieren mis ansias locas
de sus sienes arrancar,
entre risas y entre lágrimas,
por amante ó por audaz,
para gloria de mis glorias
su corona de azahar.

Hacém Don Camilo.

Camilo (Volviéndose.) Don Bergante,
que ni doy ni di jamás
con tu nombre de cristiano
ó de perro musulmán.

Hacém Unos me llaman Hacém,
otros me llaman Isaac,
y aquí me llaman Cardeño,
porque algo me han de llamar.

Camilo Pues bien, don Cardeño Hacém,
descendiente de Abraham,
me alegro dar con tus huesos,
que con tu alma no hay que dar.

Hacém ¿Queréis oro?

Camilo ¡No, por Cristo!

Hacém Luego tenéis...

Camilo Voluntad
de tenerlo.

Hacém Pues entonces...

Camilo Los negocios llegarán
á su tiempo. Por ahora
quiero saber nada más
que una cosa, que decirme
tú puedes, buen perillán.

Hacém ¿Y es esa cosa?

Camilo Si viene
Leonor... ¿Comprendes?

Hacém Vendrá.

Camilo ¿Tú lo sabes?

Hacém ¿Cómo no,
si á Lisardo del Pulgar
y al marqués de Brocamonte
de galas vendí un caudal
esta mañana? La víctima
irá lujosa al altar
de Babilonia, mancebo.
Conque incienso preparad,
que corderillo más blanco
y de más dulce balar,
no condujo al ara impura
con sus garras Satanás.

Camilo Cedió al fin. (Pensativo.)
Casi me pesa.

Hacém No cedió, mas la traerán.
Su padre murió en Sicilia,
su madre murió al llegar,
una dueña la amparó,
dice, que por caridad.
Doña dueña ó doña bruja
de sus medios se valdrá,
y entre fuerzas y entre engaños
con ella ahí dentro darán
como no tenga dos alas
y remonte el vuelo audaz

Camilo Alas tiene, mas mis brazos
su plumaje plegarán.

Hacém ¡No tenéis oro y queréis
con Lisardo del Pulgar
competir!

Camilo Oro, tú tienes.

Hacém Lo tuve.

Camilo Pues lo tendrás,
que lo mismo al abordaje
entras en tierra que en mar.

Hacém (Acercándose á él con cierto misterio.)
¿Queréis ser de la partida?

Camilo ¿Yo contigo, Barrabás?

Hacém ¡Mujeres, y sangre, y oro!

Camilo Algo es eso.

Hacém ¿Mordéis ya?

Camilo ¿Es en la costa?

Hacém En la costa.

Camilo ¿Muy lejos?

Hacém Frente al Palmar.

Camilo ¿Y cómo quieres, bergante,
que quien lleva nombre tal
como el que llevo, y quien tiene
un rincón y aun algo más
en aquel enorme escudo
(Señalando al del palacio.)
que luce sobre el portal,
meta el brazo y la tajante
en carne de cristiandad,
ni por tan justos motivos
como dijiste poco há?

Hacém Aunque es villa de cristianos
no lo fueron tiempo atrás.
¡Moros conversos!

Camilo Entonces
cambia el asunto de faz.

Hacém Vos los tratais como á moros.

Camilo Lo fueron y lo serán.
Tú en cambio...

Hacém Como á cristianos.

Camilo Y estás muy en tu lugar.

Hacém Es decir...

Camilo Que vamos juntos
por esta vez nada más,
y por tratarse de empresa
de tan alta calidad.

Hacém Pues no alcéis mucho la voz,
que si os oye aquel de allá...

Camilo ¿Y quién es aquel? Ó reza,
ó duerme, ó llora quizás.

Hacém Quien tiene en aquel escudo
cuanto os falta.

Camilo ¡Qué!... ¿Será?...

Hacém Vuestro hermano.

Camilo (Con explosión de alegría.)
¡Vive Dios!
¡Mi hermano!

Hacém ¡Justo y cabal!

Camilo (Corriendo hacia Leonardo con los brazos abiertos.)
¡Leonardo!... ¡Leonardo!..

Leon. ¿Quién
me llama?

Camilo Los brazos da
á quien los suyos te brinda.

Leon. ¡Camilo!... ¡Camilo!...

(Corre hacia él y los dos hermanos se abrazan fuertemente.)

Camilo En paz;
que si apreté con ahinco
no fué flojo tu apretar.
(Volviéndose hacia Hacém.)
Oye tú, judío, ó moro,
ó turco, que me es igual,
y ya tu nombre olvidé,
vete, observa, y si hacia acá
viene Leonor...

Hacém Os aviso.

Camilo Me avisas.

Hacém Pues descuidad.
¿Y de aquello?

Camilo Si hay botín
de oro y hermosas... ¡al mar!
(Sale Hacém por el fondo.)

ESCENA VI

LEONARDO y CAMILO

Leon. ¡Tú en Barcelona y sin verme!

Camilo ¿Ignoras que está cerrada
para mí de esa morada
la puerta? ¿Que aquel que duerme
sueño en que no hay despertar,
por mi culpa ó por la ajena
me arrojó?...

Leon. Fué justa pena.

Camilo ¿Quién sabe? ¿Pero á qué hablar
de tiempo que ya se fué
del pasado á lo profundo?

Leon. ¿Te marchaste?...

Camilo Al Nuevo mundo.

Leon. ¿Con qué objeto?

Camilo No lo sé.
Ni tampoco á qué volví.
Supe en Venecia su muerte;
quise verla. . y quise verte...
(Como refiriéndose á su madre,)
y ya me tienes aquí.

Leon. ¿Desde cuándo?
Camilo Ha dos semanas.
Leon. ¿Y á tu madre?
Camilo No la he visto.
La hallé casada y ¡por Cristo!
de verla perdí las ganas.
Leon. (Con tono sombrío)
Bien hiciste.
Camilo Y el Marqués,
el noble Marqués de Castro,
¿es buen padre ó buen padrastro?
Leon. De eso hablaremos después.
Camilo (Señalando al banco.)
Y dí, sobre aquel sillar,
sólo y en noche sombría,
¿qué soñaba ó qué gemía
don Leonardo de Aguilar?
Leon. Ni gemía ni soñaba.
Harto gemí por el muerto;
soñar... no sueño despierto.
Pensaba sólo. Pensaba
cuál es el más negro ser:
si un cielo sin luminar,
el abismo de la mar
ó el alma de una mujer.
Camilo ¿A una ingrata tú enamoras
y avanzas á paso tardo?
(Con tono ligero.)
No desfallezcas, Leonardo,
Dios mejorará sus horas.
Leon. No acertaste.
Camilo ¿Vive ocioso
tu corazón?
Leon. Sí, Camilo.
Se vive así más tranquilo.
¿Sacrificar mi reposo
á una mujer y liviana?
que por liviana la doy;
no, si la adorase hoy
la mataría mañana.
Camilo ¡Vive Dios que el trance es fuerte!
(Riendo.)
¡O no querer ó matar!
Leon. ¡Pues ello así ha de acabar;
ó la deshonra ó la muerte!

Camilo ¿Y si te amaba y vivía
sólo por ti?
Leon. ¡Poco importa!
A la larga ó á la corta
ella lo merecería.
Camilo Pensamientos tan extraños
y condición tan airada...
Leon. (Señalando al palacio.)
Vienen de aquella morada
y de aquellos desengaños.
Camilo (Acercándose á Leonardo con voz baja y con cierta ansiedad,)
Pero ¿ella es honrada?
Leon. Sí,
pues maridaron los dos.
Para el mundo y para Dios
honrada es: no para mí.
En mí no busque piedad:
yo á mi padre represento,
y es para mí el casamiento
sobre traición, liviandad.

ESCENA VII

DICHOS, el MARQUÉS, la MARQUESA, que vienen precedidos de dos lacayos con hachones y seguidos de un escudero y un paje. Salen del palacio y avanzan á la izquierda

Camilo Silencio.
Leon. Ella ha de ser.
Camilo Y el de Castro.
(Avanzan la Marquesa y el Marqués: Camilo sin poder contenerse va hacia ella, que se vuelve al oir su voz.)
¡Madre mía!
(La Marquesa le detiene con ademán imperativo, y volviéndose á su gente les indica que sigan. Salen los lacayos, el escudero y el paje por la izquierda, primer término, pasando por delante de la casa de Hacém.)
Há tanto que no os veía
que fuime á vos sin querer.
Marq. A no entrar en Barcelona
tu padre te sentenció,
cuando con su nombre dió
en el fango tu persona.

¿A qué con rara impudencia
vuelves aquí?

Camilo Ya lo veis;
á ver si vos mantenéis
de mi padre la sentencia.

Marq. Voluntad del que está en gloria
es sagrada.

Leon. (Avanzando.) Perdonad:
si lo fué su voluntad
no lo ha sido su memoria.

Marq. Ni eres de tu madre juez,
ni yo como á juez te trato,
ni tienes derecho, ingrato,
para enrojecer mi tez.
(Oculta el rostro en el pañuelo y llora.)

Marqués El buen Conde de Aguilar
te dió famosa progenie:
es preciso que se ingenie
uno y otro en deshonrar
la propia sangre que lleva,
para que viva tranquilo:
la de su padre, Camilo;
la de su madre, quien prueba,
según destila veneno
y según muerde afanoso,
que dió calor amoroso
á un viborezno tu seno.

Leon. Pues el viborezno crece,
llega á víbora después
y muerde, señor Marqués.

Marqués ¿A quién?

Leon. A quien lo merece.

Marqués Es muy corto ¡vive Dios!
su diente y no me da miedo.

Leon. (Echando mano á la espada.)
Con una hoja de Toledo
se alarga.

Camilo (Idem.)
Y aun más con dos

Marq. (Interponiéndose entre unos y otros.)
Basta.

Marqués Bien dices, Camilo:
de Barcelona saldrás
mañana. No volverás.
Yo lo mando y yo vigilo.

Camilo Y si en no marcharme doy,
¿quién realiza vuestro empeño?
Marqués El corregidor Parreño,
á cuyo palacio voy.
Camilo Inútil autoridad
con este hierro en el cinto.
Marq. ¿Y la mía?
Camilo (Respetuoso y triste.)
Ya es distinto:
ley es vuestra voluntad.
Marq. (Volviéndose á Leonardo.)
Y tú que de airado juez
haces alarde conmigo,
escucha lo que te digo
quizá por última vez.
Título, nombre y caudal
de tu padre, tuyos son,
y además el corazón
de quien no te quiere mal.
Eres libre: vive lejos
de una madre á quien afrentas;
ni yo te pediré cuentas
ni yo te daré consejos.
Mi nombre has escarnecido,
mi existencia has amargado;
no importa, te he perdonado:
vete, y contigo el olvido.
Te conozco, y vivirás,
al menos así lo espero,
como noble y caballero,
tan noble como el que más.
Si así no fuese, Leonardo,
si por extraña ocasión
deshonrases tu blasón,
lo que ni creo ni aguardo,
seré en tal caso contigo,
por ti, Leonardo, y por *él*
tan severa ó tan cruel
como tú has sido conmigo.
No olvides mi despedida:
adiós, y vive de suerte
que ya no vuelva yo á verte
más que otra vez en la vida.
Cuando me rinda ya el peso
de la existencia y morir

me sienta y te haga venir
para que me des un beso.
(Conmovida.)

Leon. Si de quien soy me olvidase,
aunque no me olvidaré;
si el buen nombre que heredé
desatentado manchase
ó pusiese en el olvido
de cualquier modo ó manera,
sed conmigo tan severa
como él mismo hubiera sido.
Si traspusiese el confín
de lo imposible en tal hora,
que yo no note, señora,
que no tengo padre. En fin,
suplidle de modo tal,
si ese caso se presenta,
que el castigo y que la afrenta
marchen, madre, por igual.
(Pequeña pausa.)
Habéisme pedido un beso
para el fin de vuestra vida;
como aquella despedida,
mi muerte ó algún suceso
pudiera impedir, señora,
permitid que aquí postrado
(Arrodillándose delante de su madre.)
quien quiere ser perdonado
os pida ese beso ahora.
(La Marquesa, profundamente conmovida, pero dominándose á pesar de todo, le tiende una mano que Leonardo besa llorando.)

Camilo (Me rechaza y es mi centro
y á quien la ofende acaricia.
(Mirando desde lejos y con envidia aquella escena.)
¡En quién hallaré justicia
si en mi madre no la encuentro!)

Marq. (Haciendo un movimiento como para ir hacia Camilo: después se contiene.)
¡Ah!... ¡no!

Marqués Blanca, que ya tardo
y el buen Parreño me aguarda.
(La Marquesa se separa de Leonardo. Camilo intenta acercarse, pero una mirada de su madre le contiene.)

Camilo (¡Su mirada me acobarda!)

Leon. Adiós, madre.
Marq. Adiós, Leonardo.
(Salen la Marquesa y su esposo por la derecha.)

ESCENA VIII

LEONARDO, CAMILO. Después HACÉM

Camilo Ya lo ves, no me perdona.
¿Y bien? El mar es profundo
(Con arranque de amor propio herido.)
y ancho, y aun hay en el mundo
algo más que Barcelona.
Leon. ¡Pobre hermano!
(Abrazándole con verdadero cariño.)
Sé prudente.
¡Yo te quiero! Y vales tú
mucho más, ¡por Belcebú!,
de lo que piensa la gente.
(Hacém viene por el fondo; al verle se separa Camilo de su hermano y hablan aparte.)
Camilo ¿Viene Leonor?
Hacém ¡Viene, sí!
Camilo ¡Pues huye, tristeza impía!
(En voz alta y señalando á la derecha.)
Ven, Leonardo, la alegría
y el placer reinan allí.
Leon. En esa casa... ¡jamás!
Camilo ¿Acaso no estás acorde
conmigo?...
Leon. (Con tristeza.) Vas por el borde
de un abismo. En él caerás.
¡Adiós! (Dándole la mano.)
Camilo ¡Adiós!
Leon. (Deteniéndose.) ¿Nos veremos?
Camilo Sí, que por distintos modos
al abismo vamos todos:
en él nos encontraremos.
(Sale Leonardo por la izquierda.)

ESCENA IX

CAMILO, HACÉM, LEONOR, LISARDO, BROCAMONTE, CABALLEROS 1.º, 2.º y 3.º

Camilo ¡Al fin vinistes, Leonor!
¡Al fin te ganó mi afán!
Deme su fuego Satán
para abrasarte en mi amor.
Leonor ¿Qué dice? (Acogiéndose á Lisardo.)
Lisardo Leonor querida,
no temas.
Leonor Pues bien, sigamos.
Lisardo ¿A qué seguir? Ya llegamos.
Leonor ¡Llegamos!
Lisardo ¡Sí, por mi vida!
(Leonor se separa de ellos hacia la derecha y los mira cada vez con más asombro y miedo. Los demás hablan entre sí, señalando con afán á Leonor)
Cab. 1.º ¿A qué te quieres marchar,
si tu presencia es aquí
necesaria? Mira allí:
(Señalando á la casa.)
un cielo sin luminar.
Cab. 2.º Arcángel, niña ó mujer,
la de los claveles rojos,
á mí levanta los ojos,
porque un sol he menester.
Lisardo (Acercándose con enojo, separando al Caballero 1.º y cogiendo á Leonor por la mano, como si fuera su presa, pero con cierta galantería.)
Leonor y no *Sol* se nombra:
mas si un *Sol* hemos traído,
ya supondréis que no ha sido
para quedar á la sombra.
Cab. 3.º En él brilla tanta luz,
que luz habrá para todos.
Broc. (Colocándose al otro lado de Leonor.)
La espantais con esos modos.
Lisardo ¡Vamos, paso! ¡O por la cruz
de mi espada!
Cab. 1.º ¡Qué mujer!

Cab. 2.º ¡Qué belleza!

Lisardo (Amenazando á todos y llevándola hacia la derecha, pero sin movimientos bruscos.)
¿Os apartais?

Leonor (Resistiéndose.)
Pero, ¿á dónde me llevais?

Lisardo ¡A la mansión del placer!

Leonor (Desprendiéndose de Lisardo y apartándose nuevamente: estos movimientos la van trayendo hacia el soportal de la derecha.)
¡Un momento! Me dijiste,
Lisardo, que medio había
de vencer la suerte mía,
y en esta mi orfandad triste
de encontrar un protector.

Lisardo Tal dije, y no me desdigo.

Leonor Espera. Que eras amigo
del señor Corregidor:
que de amistad por la ley
á su casa y con su madre
me llevabas: que mi padre,
por ser capitán del Rey,
y haberle dado su vida,
tenía, y yo te creí,
una pensión para mí
bien ganada y merecida.
Que el Rey á Parreño marca
con su favor, y que á empeño
tomaría el buen Parreño
conseguirla del monarca.
Me hicísteis tú y el Marqués
cambiar mi enlutado traje
por este bello ropaje
y este rico guardapiés,
diciéndome, y esto es algo,
(Como procurando convencerse á sí misma.)
que presentarme debía
á su noble señoría
como la hija de un hidalgo.
Hasta aquí, nobles señores,
sólo os debo gratitud,
que á una huérfana es virtud
conceder tales favores.
Pero... ¿por qué de mi huella
en pos tantos caballeros

vienen y hablan lisonjeros?...
Decid... ¿qué casa es aquella?
¿Ahí vive el Corregidor?

Cab. 1.º (En tono de burla elegante.)
El que todo lo corrige.

Cab. 2.º El que mundos y almas rige.

Leonor ¿Cómo se llama?

Lisardo El amor.

(Todos se acercan á ella riendo.)

Leonor ¡No! ¡Dejadme, por piedad!
Dejadme volver.

Broc. No.

Leonor Sí.
¿Por qué vinimos aquí?
¡Respondedme... contestad!
(En todo esto no debe haber ninguna violencia material.)

Lisardo Por tu bien.

Broc. Por tu ventura.

Cab. 1.º Para adorarte, mujer.

Cab. 2.º Para que llegues á ser
la reina de la hermosura.

Lisardo Venid.

Leonor No; soltad mis manos.

Lisardo (A los demás.)
Adentro, y vamos ligeros.

Leonor Pensé que erais caballeros
y encuentro que sois villanos.

Lisardo Cercándola á la redonda
y avanzando...
(Todos, menos Camilo, que se retira al fondo tristemente, forman un grupo alrededor de Leonor, y acercándose galantemente á ella la obligan á retroceder hacia la derecha.)

Leonor ¡Madre mía!

Lisardo ¡Leonor!

Broc. ¡Mi bien!

Cab. 1.º ¡Mi alegría!

Cab. 2.º Gente viene... si es la ronda...

ESCENA X

DICHOS, la MARQUESA, el MARQUÉS, dos lacayos con hachones, un escudero y un paje. Los últimos vienen por la izquierda, primer término, y el grupo de la escena anterior está á la derecha

Leonor ¡Socorro!
Marq. ¿Qué pasa allí?
Marqués (Avanzando algo.)
Una mujer maltratada
en esa infame morada.
Leonor ¡Socorro!... ¡Socorro!... ¡A mí!
(Rompe el círculo de Caballeros y viene á caer á los pies de la Marquesa, abrazandose á ella. Las luces de los lacayos la alumbran fuertemente.)
¡Señora... por compasión!...
¡Ya rompí sus torpes lazos!...
¡Amparadme en vuestros brazos
si es que tenéis corazón!
(Quedan los personajes en dos grupos: á la izquierda la Marquesa, el Marqués y su gente; Leonor á los pies de la Marquesa y levantando hacia ella el rostro. A la derecha los Caballeros: detrás de todos y ocultándose, Camilo.)
Marq. ¡Cuán hermosa!
Marqués ¡Hoja caída!
Marq. ¡Cuán hermosa!
Leonor ¡Por piedad!
Marqués La arrancó la tempestad
y la lleva de vencida.
Lisardo (Avanzando y con gran cortesanía, aunque con tono irónico)
Se niega á cumplir un pacto
y es injusta su mudanza.
Marqués Arrójala sin tardanza,
que te mancha su contacto.
Marq. (Rechazándola.)
¡Déjame, niña!
Leonor Os implora
quien de rodillas...
Marq. No puedo.
Leonor (Aferrándose á ella.)
¡No, por Dios!

Marq. (Separándola y alejándose.)
¡Suelta!
Leonor (Se vuelve con desesperación á ella.) ¡Me quedo
sola con ellos, señora!...
(Al rechazarla la Marquesa, Leonor sigue arrodillada en tierra. Lisardo la levanta y la coge con galantería por una mano: ella da un grito. La Marquesa y el Marqués se alejan, acercándose á su palacio.)
Marqués (Al oir el último grito de Leonor se detiene.)
¿Qué temes? (Volviendo.)
Leonor Yo no lo sé.
Marqués ¿De quién huyes?
Leonor De estos hombres.
Marqués ¿Quienes son?
Leonor No sé sus nombres.
Marqués ¿Por qué viniste?
Leonor ¿Por qué?
Voy á decirlo...
Marqués Será
historia que ya adivino;
implora el favor divino,
el nuestro no basta ya.
(Se aleja de nuevo.)
Leonor ¡Y no me escuchais... señor!
¡Y no os conmueve mi llanto!
(El Marqués, la Marquesa y su gente desaparecen. Todos los Caballeros se acercan á Leonor y la rodean de nuevo. Camilo también.)
¡Cuál es mi culpa, Dios santo!
Camilo ¡Ser muy hermosa, Leonor!

ESCENA XI

DICHOS, menos el MARQUÉS y la MARQUESA

Lisardo ¿Por qué temes? Si seremos
tus esclavos.
Broc. Si serás
nuestra reina.
Lisardo Si saldrás
cuando quieras. Si tenemos
en esa morada, obscura
por fuera, porque es preciso,
preparado un paraíso
á tu divina hermosura.

Un jardín que es un edén:
vinos color de topacio:
aromas para el espacio:
guirnaldas para la sien.
De armonías un torrente:
de luz tanta, que es de día:
y toda la pedrería
de los bazares de Oriente.
(Diciendo los anteriores versos llegan sin violencia á la puerta de la casa.)
Verás correr por tus venas
fuego que todo lo abrasa.

Leonor Prefiero mi pobre casa
y mis lutos y mis penas.

Camilo Es su acento tan profundo
que me vence á mi pesar.

Lisardo Ven... sonríe... á qué llorar...

Leonor ¡No hay compasión en el mundo!
(Entran Leonor y los Caballeros.)

ESCENA XII

CAMILO, HACÉM

Hacém Una de tantas jornadas.

Camilo ¡Pobre niña!... ¡Vive Dios!...
¿Quieres que entremos los dos
á salvarla á cuchilladas?

Hacém ¡A salvarla! ¿Y para qué?
¡Vaya un pensamiento loco!

Camilo Eres, Hacém, y no es poco
peor de lo que pensé.
(Como tomando una resolución repentina.)
Yo la salvo.

Hacém ¿Y á qué fin?

Camilo Aun es tiempo: no han pasado
la escalera, ni han llegado
á la sala del festín.
(Acercándose á la puerta y oyendo.)
¡Calla... escucha... se escapó!...

Hacém (Se acerca y oye.)
¡Y aquí viene á todo vuelo!

Camilo Pues esta vez, ¡vive el cielo!
que voy á salvarla yo.

ESCENA XIII

CAMILO, HACÉM, LEONOR, que sale huyendo de un arranque, y que viene á caer en el centro, quedando con la vista fija en la puerta

Leonor ¡Socorro!... ¡Amparadme!...
Camilo Sí.
La puerta yo la aseguro,
y por mi nombre te juro
que nadie sale de aquí.
(Cierra la puerta: con una mano se agarra á una de las argollas, con el otro brazo á una de las columnas, pero de frente al público, y de este modo la mantiene cerrada.)
Hacém, llévala á tu casa:
dale un traje y dale un manto.
(Todo en voz baja. Hacém entre tanto va á Leonor la levanta. Se oyen golpes en la puerta.)
Hacém (En voz baja.)
¿Y allí se queda hasta tanto
que vos vayais?
Camilo Es escasa,
villano, tu comprensión,
y nunca me has de entender.
Yo no dejo á medio hacer,
ni buena ni mala acción.
O sale libre ó te rajo.
Hacém No quiero nada por malas.
Camilo Te quedas con esas galas
y así cobras tu trabajo.
(Redoblan los golpes.)
Pronto, que empujan de veras.
Hacém (A Leonor.)
Venid.
Leonor (A Camilo.) Gracias. Me salvé.
Lisardo (Dentro)
¿Quien resiste?
Camilo Quien yo sé.
Broc. ¡Aguilar!
Lisardo ¡Como tú fueras!...
Camilo ¿Qué me esperaba?
Lisardo Morir.

Camilo ¿Conque morir? No te creo.
Lisardo ¡Vive Dios!...
Camilo Ya no los veo.
Se fueron: ya puedo abrir.
(Mientras se pronuncian los últimos versos, Leonor y Hacém entran en la casa de este.)

ESBENA XIV

CAMILO, LISARDO, BROCAMONTE, CABALLEROS 1.°, 2.° y 3.°

Lisardo ¿Y Leonor?
Camilo Huyó afanosa
por una de esas callejas.
Lisardo (Con furor.)
¡Gracias á tí!
Camilo Por lo visto.
Lisardo ¿Cómo?
Camilo Cerrando esa puerta.
Lisardo ¿Por qué razón?
Camilo Porque tengo
con el infierno tal cuenta
de infamias, que quise hacer.
en cambio alguna otra buena.
Lisardo (En tono de amenaza.)
Con el infierno, Aguilar,
tu cuenta es cuenta de prueba,
y vas á ajustarla pronto.
Camilo Ni me apura, ni me pesa;
pero si eres tú, Lisardo,
quien la ocasión me presenta,
discurre por lo que importe,
y todo el tiempo que quieras,
que me brinda, sin saberlo,
tu amenaza loca y necia
con acción tan meritoria
cual fué meritoria aquella.
Lisardo ¡Cual es, santón de capricho!
Camilo Dar muerte á un Satán de pega.
Lisardo ¿Y de qué modo, Aguilar?
Camilo (Tirando de la espada. Los demás se interponen.)
Lisardo, de esta manera.
Broc. (A Lisardo.)
Y en tanto pierdes la ninfa.

Lisardo Dices bien: daré con ella,
y después..
Camilo Otra vez yo,
si por acaso la encuentras,
la arrancaré de tus manos
y te arrancaré la lengua
para que no me molestes
de nuevo con nuevas quejas.
Lisardo ¡Aguilar!
Camilo Lo dicho, dicho.
Lisardo A buscarla.
Camilo Y porque veas
que yo cumplo mi palabra,
voy contigo.
Lisardo Dad la vuelta
á esas calles, que yo voy
hasta el fin de la alameda.
(Los unos salen por un lado y los otros por el opuesto.)
Camilo No mancharéis de esa niña,
de frente pálida y tersa,
ni la sombra, ni la luz.
ni el reflejo, ni la huella
mientras tenga esta tizona
al alcance de mi diestra.
(Sale por donde se marchó Lisardo.)

ESCENA XV

LEONOR, HACÉM: éste sale primero, mira con precaución, se asoma á un lado y otro, y al fin vuelve á la puerta tras la cual quedó Leonor vestida ya de negro y con manto

Hacém Se fueron todos. Salid.
Escapad, y si os encuentran
no digáis que os amparé,
porque la vida me cuesta.
A más ver, hermosa dama.
Libre sois. Cierro mi puerta.
(Desaparece Hacém.)

ESCENA XVI

LEONOR, mirando á todas partes

Nadie... nadie.,. Por allí.
(Avanza deprisa hacia una de las calles laterales; pero se detiene con terror y vuelve atrás.)
¡Cuán oscura es la calleja!
¡Tiemblo de miedo, Dios mío!
(De nuevo quiere ir y de nuevo retrocede.)
No: me espantan sus tinieblas.
(Se dirige al lado opuesto, pero también se detiene.)
Por este lado hay más luz.
Más luz... ¡pero si me vieran!...
¡Protégeme, madre mía!
¡Valor!... ¡Alguno se acerca!
¡Se oyen pasos! No: del viento
(Se para con visible angustia y escucha.)
el impulso bambolea
esa lámpara y rechina
(Señalando al nicho de la Virgen.)
en su gancho la cadena.
Vamos, corazón cobarde,
no hay peligro. ¿Por qué tiemblas?
Huyamos pronto de aquí.
Si encontrase alguna iglesia...
Pero hasta hoy jamás estuve
en estas calles tan negras.
Ni una luz en esas casas;
en el cielo ni una estrella.
Si de este farol me alejo
tengo que marchar á ciegas.
Pero tampoco es posible
quedarme aquí. Cuando vuelvan
me encontrarán. ¡Virgen mía!...
¡Huyamos!... ¡Pronto!... ¡Las fuerzas
me abandonan.. y ahora sí...
ahora sí que alguien se acerca...
(Por el fondo, y caminando lentamente, Leonardo embozado; Leonor quiere huir y no puede.)
¡Virgen santa!... ¡Madre tierna!...
(A la imagen.)
¡Por la sangre de tu Hijo!

¡Si la vertieron sus venas
por mí también... que su sangre
me valga... y su muerte fiera!...
(Cae sin sentido en el banco, quedando el rostro cubierto con el velo.)

ESCENA XVII

LEONOR, LEONARDO

Leon Por esas calles vagando,
sin norte, rumbo, ni estrella,
más que perdido en sus sombras
anegado en mis ideas,
torno otra vez á este sitio
en que esa mole de piedra
con misteriosa atracción
me llama entre amante y terca.
La cuna fué de mi vida,
la cuna fué de mis penas:
no es mucho que hacia sus muros
giren siempre mis tristezas
los extremos aguzados
de sus invisíbles flechas,
como agujas que hacia el Norte
miran ansiosas y trémulas. (Pausa.)
Cuanto en el mundo yo amaba
en esa mansión se queda.
Palacio, templo y torreón,
bien os repartís mi herencia:
en tu cripta de mi padre
los restos que ya blanquean;
en tus dorados salones
de mi madre la belleza;
en tus bóvedas sombrías
mis ilusiones ya muertas.
Duerme, Barcelona, duerme,
cual gigante de tinieblas,
que á orillas de negro mar
fatigado se recuesta,
envolviendo en anchas nubes
su frente ya soñolienta.
Yo no descanso, yo sigo
por tus calles y plazuelas,

y si eres gigante tú,
como yo mire á mis penas,
en cien codos te aventajo,
que hasta el firmamento llegan.
Adelante, dormiré
cuando el alba esté más cerca,
que al que ha perdido su hogar,
ninguno en su hogar espera.
(Sigue caminando y llega á ver desde lejos el cuerpo de Leonor.
¿Quién es él? Un cuerpo yerto (Deteniéndose.)
sobre esa piedra tendido. (Avanzando algo.)
¡Bien duerme si está dormido!
¡Bien descansa si está muerto!
Ahí queda, pues ahí le hallé,
que no detengo mi paso.
El duerme aunque duerme al raso,
yo ni al raso dormiré.
(Avanzando y pasando cerca del banco como para ir por la calleja de la izquierda.)
Olvida penas y enojos,
que yo voy también en pos
del olvido. ¡Sombra, adiós!
(Deteniéndose cerca de Leonor.)
Pero ¿qué dicen mis ojos?
Contornos de una mujer
fingió la rojiza llama. (Acercándose.)
¡Una mujer!... ¡Una dama!..,
(Como llamando.)
¡Señora!... ¿Quién podrá ser? (Deteniendose.)
Su cuerpo parece yerto,
y envuelve su faz el manto...
(La separa el manto y retrocede después asombrado.)
¡Pobre mujer!... ¡Cielo santo!
¿Estoy soñando ó despierto?
Jamás en el mundo real
rostro hallé más peregrino,
ni contorno más divino,
ni expresión más celestial.
Al correr el ancho velo
por prodigio inesperado,
quedó todo iluminado
en la tierra y en el cielo.
Y en mí mismo, á mi pesar,
parecióme que sentía

encenderse un nuevo día
y un sol nuevo centellear.
¡Señora!... ¡volved en vos!..
Yo os lo ruego... ¿me escucháis?
(Se arrodilla junto al banco y levanta la cabeza de Leonor.)
¡Ni es posible que murais,
ni puede quererlo Dios!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, BROCAMONTE, CABALLEROS 1.º, 2.º y 3.º por distintos lados y encontrándose en el fondo, pero sin avanzar todavía

Broc. ¡Mala caza!
Cab. 1.º ¡Mala guerra!
Cab. 2.º ¡No parece!
Cab. 3.º ¡No hay consuelo!
Cab. 1.º ¡Se fué de un arranque al cielo!
Broc. ¡O se la tragó la tierra!
Leon. Era mármol y es carmín;
era hielo y es calor;
era muerte y es amor;
¡la vida, la vida al fin!
Leonor ¿Qué es esto? ¡ay, Dios!
Leon. Despertar.
Leonor ¿Dónde estoy?
Leon. Bajo mi amparo.
Leonor ¿Quién sois vos?
Leon. Quien sin reparo
por vos se hiciera matar.
Cab. 1.º ¿A qué buscarla?
Cab. 2.º Ya no.
Broc. Pues adentro.
Cab. 3.º Adentro, sí.
Leonor ¿Quiénes vienen por allí?
Leon. ¡Qué os importa estando yo!
Broc. Adelante mis amigos.
Cab. 1.º En el banco hay unas sombras.
(Todos se detienen ya bajo el soportal.)
Broc. ¡Y de sombras tú te asombras!
O rufianes ó mendigos.
Leonor ¡Se detienen!
Leon. ¡Es de miedo!

Leonor ¡Nos observan!
Leon. ¡No vendrán!
Leonor ¿Y si vienen?
Leon. Probarán
esta espada de Toledo.
Cab. 1.º Pasos se oyen.. es la ronda.
Lisardo Pues adentro y á la cena,
yo no cedo mi morena
ni siquiera por la blonda.
Leonor Acertásteis: van á entrar.
Leon. Los conozco; no os assmbre.
Leonor Caballero, vuestro nombre.
Leon. Soy Leonardo de Aguilar.

(Mientras se pronuncian los últimos versos entran los Caballeros en casa de Taïs poco á poco conversando y riendo. Por el fondo pasa la ronda.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena representa un salón de arquitectura árabe, perteneciente á una torre morisca situada á la orilla del mar y próxima á Barcelona. Puertas laterales; en el fondo una ventana con arco de herradura y la columnilla central característica. En primer término, á la izquierda, una mesa y un sillón. En un extremo una panoplia. Es de día.

ESCENA PRIMERA

SANABRIA mirando por la ventana

Revueltas andan las olas,
brumoso está el horizonte,
y de aquél bajel redondo
que esta mañana mostrose
en la punta del Palmar,
sin banderas en los topes,
no hay ni trazas. No parece
sino que en el mar hundiose.
Por sus anchuras diría
que con marinos bretones
se tripula; pero no,
no viene del mar del Norte.
Corsario turco, y se oculta
á la sombra de aquel monte.
No hay quien la idea me quite.
Me parece que esta noche...
Pero ¿quién sube la senda
que hacia esta morisca torre
(Mirando fijamente.)

desde el pabellón del mar
viene del mar por el borde?
Es Celia, sí... ¡Vive Dios,
que es obediente á mis órdenes!
Allá baja cuando quiere;
de la escalinata enorme
que arranca del pabellón
y que hunde sus escalones
dentro de la mar, la piedra
más vieja y gastada escoge,
á ella salta, y de ese modo
las horas pasan veloces,
jugando con las espumas
y mirando al horizonte,
mientras su padre aquí arriba
la busca y la llama á voces.
Por Dios que la he de encerrar
si sigue en sus aficiones
por el oleaje y el viento...
y el diablo que la soporte.

ESCENA II

SANABRIA, CELIA, que entra por la izquierda bastante deprisa y se dirige á la puerta de la derecha sin reparar en su padre

San. ¿De dónde vienes?
Celia De allá.
San. ¿Qué es allá? ¿No tiene nombre?
Celia Sí, señor: el pabellón
del mar; pero no se enoje.
San. ¿No te dije?
Celia No lo olvido
y obedezco.
San. ¡Se conoce!
¿Pues por qué bajas si sabes
que yo no quiero?
Celia Mandome
doña Leonor.
San. ¿Para qué?
Celia Ella... observa... allá en la torre,
si don Leonardo por tierra
se acerca. Y á mí tocome
vigilar de la ensenada

la extensión, por si agradole
venir por mar y á lo lejos
rápido avanza su bote.

San. ¿Y le viste?

Celia Sí, le ví:
y en breve, arrogante y noble,
saltará desde su barca
á los viejos escalones,
que del pabellón son muelle
y escala hoy de sus amores.

San. Escala que en el abismo
empieza, su apoyo pone
sobre mal cimiento, niña.
Pero, vete, que en la torre
impaciente ya la dama
estará, porque la informes
de si sus planes se logran,
ó si la brisa trocose
y en vez de soplar á tierra
viene soplando del Norte.

Celia ¿Pues cómo puede cambiar?

San. Cambiando, y no más razones.

Rivera ¡Sanabria!... (Dentro.)

San. (Llamándole.) ¡Rivera!... ¡Aquí!
Vete pronto y no te importe
lo que no debe importarte.

Celia Sí, señor.

San. Vamos; de roble
vas siendo por lo pesada.

Celía ¡Adiós, padre!

San. Al fin marchose.

ESCENA III

SANABRIA y RIVERA

San. (Cerrando la puerta por donde se fué Celia.)
Deja que cierre la puerta.
La chica está encariñada
con esa doña Leonor...

Rivera Pues mira, según las trazas,
de esos achaques el padre
no padece.

San. No, á Dios gracias.

Mas vamos á lo que importa,
que el tiempo nos hace falta.
¿Diste á la noble Marquesa
en propia mano mi carta?

Rivera En propia mano.

San. ¿Y leyola?

Rivera Dos veces de dos tiradas.

San. Era prociso. ¿Y después?

Rivera Después puso mala cara,
aunque la que antes tenía
tampoco era de bonanza.

San. Pues buena se le pondrá
cuando sepa lo que pasa.

Rivera (Con interés.)
¿Hay algo más?

San. (Con misterio.) Lo peor.
Algo que yo no esperaba,
al menos tan pronto.

Rivera ¿Y bien?

San. Y mal digo yo. Se casan.

Rivera ¿Cuándo?

San. ¿Cuándo te parece?

Rivera Dilo tú.

San. Esta mañana.
El lo preparó en secreto:
trajo papeles de Italia,
y en que es un ángel se empeña,
y en la capilla cercana
la boda ha de celebrarse
si el diablo no lo enmaraña.

Rivera Que pudiera ser.

San. (Con afán.) ¿Por qué?

Rivera Porque, mira, doña Blanca,
tan pronto como leyó
tus renglones, mandó airada
preparar coche y lacayos
y me preguntó con ansia:
«¿De Barcelona á la torre
cuántas horas?»—Bien contadas
para vuestra señoría
cuatro y media.—«Iré sin falta,
que asuntos del hijo mío
son asuntos de importancia.
Adelántate y avisa,
—dijo después—á Sanabria,

que el Marqués y yo marchamos
á tu alcance sin tardanza.»

San. ¿Luego vienen?

Rivera ¿No lo dije?

San. Con tal que á tiempo llegaran...

Rivera Y llegarán, que de prisa
caminan. Tú ponderabas
con lo urgente lo importante.
¿No es eso?

San. Yo hablaba en plata,
y refería la historia
claro y en pocas palabras.
Que una noche, por sorpresa,
don Leonardo y esa dama
asaltaron el torreón
y de él hicieron posada.
Que don Leonardo nos dijo,
como él dice y como él manda,
que la tal doña Leonor
era nuestra dueña y ama,
y que cuidásemos bien
de servirla y respetarla,
si no queríamos ir
al fondo de la ensenada.
Que esto dicho, se marchó
él solo sin más tardanza,
dejándonos, por supuesto,
su compañera enlutada.
Que desde entonces la ve
todos los días sin falta,
pero en forma de visita,
y al anochecer se marcha.
Que de ella nada se sabe,
ni yo sé cómo se llama,
ni si nació en buena cuna
ó viene de mala raza.
Que ni parientes la buscan,
ni parientes la acompañan,
y, en fin, que la tal mujer,
porque para mí no es dama,
parece como llovida
del cielo en una tronada.
Y decía á la Marquesa
acabando así mi carta,
que á mi juicio, don Leonardo

casar con ella pensaba,
y que esto me parecía,
salvo su venia y su gracia,
para todos un desastre,
y quién sabe si una mancha.
Así, en redondo.

Rivera ¡Soberbio!

San. Yo tengo ley á la casa.
Y su honor es algo mío.
Y yo no humillo mis canas
de una aventurera haciendo
mi dueña, por cuanto valga.
Además, si no le aviso
y se descubre la trama,
yo pago con la Marquesa,
que, vamos, no es una malva.
En fin, que pierdo mi pan
y me encuentro una mañana
con mis achaques y Celia
y sin dinero, en la playa.
Hice bien en prevenirla.
¿No te parece?

Rivera Sanabria,
la cosa no admite duda.
Pero alguien se acerca, calla.

San. (Mirando á la derecha.)
Es ella...

Rivera (Idem á la izquierda.)
Y también Leonardo.

San. ¡Y los otros!... ¡Si llegaran!

ESCENA IV

LEONOR, LEONARDO, CELIA, RIVERA, SANABRIA. Leonor y Celia por la derecha. Leonardo por la izquierda. Leonor en traje de boda. Leonardo viste también con elegancia

Leonor (Corriendo gozosa á su encuentro.)
¡Leonardo!

Leon. (Idem.) ¡Leonor!

Leonor ¡Al fin!

Leon. (A Sanabria.)
Ponte arriba de atalaya,
y si ves dos caballeros

avanzar por la calzada
de Barcelona, me avisas.
(Sale Sanabria por la derecha.)
Y tú abajo los aguardas.
(A Rivera, que sale por la izquierda.)
Y á la capilla tú, Celia,
por si el buen monje te encarga
ó flores para el altar,
ó acaso marinas plantas
para los indianos búcaros,
ó tapices ó guirnaldas:
colores, en fin, y aromas
que den á la mansión santa
reflejos de la alegría
que inunda nuestras dos almas.

Celia Ya tus deseos previne;
pero voy, pues tú lo mandas.
(Sale por la izquierda.)

ESCENA V

LEONOR y LEONARDO

Leon. ¿Por qué se inclina tu frente
pensativa y ruborosa?
¡Mi Leonor, mi fe, mi esposa,
mi porvenir, mi presente!
¿Temes algo?

Leonor No es temor,
ni nuevas penas aguardo:
es que me abruman, Leonardo,
tanta dicha y tanto amor.
Pienso y pienso sin cesar
en que vas á ser mi dueño,
y presumo que es un sueño,
y que voy á despertar.
Tú, tan noble y generoso,
tan gallardo ante la gente,
el primero por valiente
entre todos ¡tú mi esposo!
Y yo de humilde persona,
yo huérfana y desvalida,
recogida ya sin vida
una noche en Barcelona:

mi padre, un pobre soldado,
un hidalgo cuando más,
y mi madre que jamás
sus noblezas me ha contado.
Yo sola... ya sin aliento...
en la miseria... en la calle...

Leon. No, Leonor...

Leonor (Abrazándose á él y llorando.)
¡Deja que estalle
todo mi agradecimiento!

Leon. ¡No es eso; cesa, Leonor!
Yo no quiero gratitud,
ni deberes, ni virtud;
¡yo quiero amor!

Leonor (Apasionadamente.) ¡Pues amor!
Amor que nada limita,
amor que en nada encadena,
un mar que todo lo llena,
mayor que ese que se irrita.

Leon. Eso, Leonor: dices bien:
eso es lo que yo buscaba.

Leonor Pues de ese modo te amaba.

Leon. Así te amaba también.

Leonor ¿Y te basta?

Leon. Más querría,
porque el alma es insaciable:
y en mi afán inagotable,
y en mi ciega idolatría,
te quisiera preguntar...

Leonor Pues pregunta...

Leon. Pues contesta,
niña de la frente honesta
y del cándido mirar.
(Atrayéndola á sí y hablando con afán y pasión.)
Si no te amase, Leonor,
con este amor que me abrasa,
si fuese placer que pasa,
fuego que extingue su ardor,
y al llegar el nuevo día
te abandonase á tu suerte
para ya nunca más verte:
¿me amarías?

Leonor (Con ternura) Te amaría.

Leon. Si aquella noche, Leonor,
en que te hallé desmayada,

ó de fuerzas agotada,
ó vencida del dolor,
al volver de tu agonía
y al encontrarme á tu lado,
te hubiera desamparado:
¿me amarias?

Leonor (Con pasión) Te amaría.

Leon. Si yo no fuese, Leonor,
lo que supones que he sido;
si aquí te hubiese traído
codicioso de tu honor:
si mi anhelo con falsía
fuera hacerte, niña hermosa,
mi manceba y no mi esposa:
(Con ansia.)
¿me amarías?
(Leonor duda un momento, y luego le abraza llorando, diciendo en voz muy baja.)

Leonor Te amaría.

Leon. (Cambiando de tono.)
Calla, que no quiero oirlo.
Pronto hablaste: llanto tardo.

Leonor Entonces, ¿por qué, Leonardo,
me has obligado á decirlo?

Leon. Porque saber pretendí,
—y no te espante ni asombre—
si me amabas por mi nombre
ó si me amabas por mí.
Porque el que ama, suspendido
va siempre entre cielo y lodo,
y amante piensa de un modo
y de otro modo marido.
¡Ah! Si mi esposa mañana
me hablase de esa manera,
la muerte, Leonor, le diera
por impura y por liviana.
(Al notar el espanto de Leonor se detiene y dice con arranque de pasión.)
Pero no, seca tu lloro;
vuelva el carmín al semblante:
(Abrazándola con transporte.)
¡hoy eres sólo mi amante
y me adoras y te adoro!

Leonor (Pausa.)
En el fondo de tu ser

y á través de tu alegría,
una duda, duda impía,
me parece siempre ver.
Y me dice el corazón,
que engañarme nunca suele,
que invencible nos impele
á un abismo la pasión.
¡Un abismo! Yo sé bien
que es espacio que no cierra;
hay abismos en la tierra
y en lo azul los hay también.
¿Cuál es este que advertí?
¡Qué me importa! Sigo y paso,
que Leonor en todo caso
será siempre para ti.
¡Si ese abismo te es fatal
ir contigo solicito!
¡Si ese abismo es lo infinito
subiremos por igual!

Leon. Eres la única mujer
á quien quise y en quien creo.
En ti puse mi deseo
y mi honor voy á poner.

Leonor Desde que sola me ví
de la vida en el vacío,
tú solo, Leonardo mío,
fuiste bueno para mí.
Te dije mi vida entera:
con mi madre á Barcelona
llegué, sin que una persona
nos conociese siquiera.
Mi pobre madre murió:
me ví sola, abandonada:
de la fúnebre morada
una mujer me sacó.
(Se aleja de Leonardo.)
Después... su casa dejé...
era una noche muy fría...
¡Virgen santa!... ¡Madre mía!
después... después te encontré.
(Vuelve á él y le abraza.)
A ti te lo debo todo.
pura soy: mi honor es mío:
vida y honor te confío.
Si alguna vez de algún modo

que ni sé, ni saber quiero,
llego á ser carga pesada
para ti...

Leon. ¡Leonor amada

Leonor Dime solo «muere» y muero.

ESCENA VI

DICHOS y SANABRIA

San. Por la parte más escueta
ví subir la cabalgada:
dos delante de avanzada
y todos á la jineta.
Siete son como lacayos,
y dos parecen señores,
pues montan potros mejores
y visten más ricos sayos.
Por las señas á juzgar
deben ser los que esperais,
conque ved lo que mandais
que pronto van á llegar.

Leon. (Dirigiéndose á Leonor.
Luis de Aguilar es el uno,
hermano de mi buen padre,
y la ausencia de mi madre
suplir no puede ninguno
como Aguilar de Quirós.
El otro, Hernando de Osorio.
Y vienen al desposorio
como testigos los dos.

ESCENA VII

DICHOS, CELIA, por la izquierda

Celia Vuestro mandato cumplido
queda ya y todo dispuesto;
y por mi parte yo he puesto
cuanto supe y he podido.
La santa capilla está
como jamás yo la vi:
flores, cuantas yo cogí,

aromas, cuantos nos da
el monte, que ogaño dió
como nunca. Por mi mano,
todo desde muy temprano
cuidé de arreglarlo yo.
Velas encendidas ¡ciento!
farolillos, ¡muchos más!
la pila bendita ¡al ras!
y la puerta ¡franca al viento!
De tal modo resplandece
con tanta vela y farol,
y tanto rayo de sol,
que un ascua de oro parece.
Y risueña en el altar
la Virgen que ya les llama;
conque señor, bella dama...
que no le hagan esperar.

Leonor Gracias, Celia.

Celia Nada vale.

Leonor Vale mucho, pobre niña;
no hay en toda la campiña
ninguna que se te iguale.

ESCENA VIII

DICHOS, DON LUIS, OSORIO, RIVERA. Don Luis y Osorio por la izquierda

Rivera (Anunciando.)
Don Luis de Aguilar, y en pos
viene don Hernando Osorio.
(Entran ambos y se adelanta Leonardo á recibirlos.)

Leon. Vuestro cariño notorio
no fué siempre, y á los dos
igual amistad demando,
con igual cortesanía,
para Leonor de Mejía,
que será mi esposa. Y cuando
(Volviéndose hacia Leonor y haciendo las presentaciones.)
conozcas tú de Aguilar
el alma y la rectitud,
y la nobleza y virtud
de Osorio, sé que has de dar

al uno nombre de padre,
al otro nombre de amigo,
que ambos lo fueron conmigo
en ausencia de mi madre.

Luis (Adelantándose á Leonor.)
Vuestro padre allá en Sicilia
por su patria y por su rey
dió la vida, y esa ley
es la ley de mi familia.

Osorio Señora, yo por igual
mido valor y hermosura:
la vuestra se me figura
que es de origen celestial.

Leonor De mi padre hablásteis: sí,
murió como buen hidalgo.
Aunque mucho menos valgo
hablásteis también de mí.
Pues yo, señores, os digo
sin retórico oropel,
que fuísteis justos con él
y cariñosos conmigo.

Celia (A Leonardo.)
Perdonad, pero andais tardo,
que esperan en la capilla.

Luis Vuestros somos.

Leon. (A Leonor.) ¡Por fin brilla
mi felicidad!

Leonor ¡Leonardo!

(Salen por la izquierda Leonor, Leonardo, don Luis y Osorio.)

ESCENA IX

CELIA, SANABRIA, RIVERA. Celia pretende seguir á Leonor, pero Sanabria la detiene

San. Espera.

Celia (Insistiendo.) Déjame, padre.

San. ¿Adónde vas?

Celia A la boda.

San. ¿Para qué?

Celia Pues para verla,
que ninguna vi hasta ahora.

San. Pues esa no la has de ver.

Celia ¿Pero hay razón?
San. Poderosa.
Celia ¿Cuál es?
San. El que yo lo mando,
y tú no has menester otra.
Celia (Entre llorosa y enojada y después de una pequeña pausa.)
Es mucha crueldad, señor.
Me levanté con la aurora;
fuíme por montes y valles:
recorrí la playa toda:
hice ramos ¡no sé cuántos!
hice guirnaldas ¡de sobra!
recogí de entre la arena
caracolillos y conchas,
que reflejos y matices
les robaron á las ondas.
Los tapices saqué luego,
mandé bajar una alfombra;
de velas, ni una dejé,
y de mirra, ni una borra.
Y con todo á la capilla,
y Antón, Blasa y mi persona
á trabajar. Y á las diez
la morada milagrosa
de la Virgen del Amparo
quedaba como una joya.
Tan perfumada y brillante,
y tan nueva y tan hermosa.
que el sol entraba por verla,
el monte dejando en sombra;
se remansaba el arroyo
para trepar á la loma
y ver algo por su cresta,
y más de una mariposa,
buscando luz y colores,
y en los colores aromas,
¡en vez de marcharse al campo
se fué á la Virgen gloriosa!
Y al remate, cuando todos
me dicen: »Bien, picarona,
te has lucido», sales tú
conque me quedo aquí sola.
Bueno que una no se case
y que viva en esta costa,

viendo las olas venir
y viendo romper las olas;
pero al menos que la dejen
ver cómo se casan otras:
ni pienso que esto es pecado,
ni hay todos los lunes bodas.

San. La tal boda ha de tener
fin desastroso.

Celia Me asombra
lo que me dices. Leonardo,
según la fama pregona,
es perfecto caballero,
y ella ¡Virgen de la gloria!
alma más angelical...

San. ¿Sí? Pues en esa señora,
en doña Leonor, ¿entiendes?,
está el daño y la deshonra.
Ni se sabe quién es ella,
ni nadie tiene memoria
de que se hiciesen así
de un noble Aguilar las bodas.
La Marquesa nada supo,
á estas fechas aún lo ignora.

Rivera Y se prepara á venir.

Celia ¿De veras?

San. Como de bromas.

Rivera Lo malo es que el desposorio
aunque venga no lo estorba.
No llega á tiempo.

San. ¡Quién sabe!
Cuando subí, por las lomas
lejanas, un coche, y gente
á caballo, como escolta,
avanzaban. Debe ser
doña Blanca.

Celia Poco importa.
En cuanto vea á Leonor
trueca en cariño su cólera,
ó por corazón tocóle
algún pedazo de roca.

San. Pues que venga y lo veremos.
(Asomándose á la ventana.)
¡La impaciencia me devora!
El tiempo corre... y el sol
baja y sus rayos entolda.

Rivera Llega tarde; ya lo dije
San. (Pausa.) Llega tarde. Negra asoma
(Con cierta curiosidad.)
aquella nube. Mas no...
(Fijándose más.)
¡por mi divina patrona
que no es un vapor del cielo!
Sube derecho... no flota...
Ven, Rivera... mira allí...
(Rivera se acerca á la ventana.)
Ven, Celia... Tras la redonda (Señalando.)
cumbre del cerro... ¿no veis?
Hacia el Palmar... Se me antoja
que es una enorme columna
de humo denso...
Celia ¡Y llamas rojas!
¡Es fuego, padre!
San. ¿Qué dices?
Rivera ¡Es fuego!
Celia La villa toda
del Palmar hecha una hoguera,
mas respandores no arroja.
Mira aquel grupo de gente...
¡palos, hoces, lanzas cortas
agitan y hacia aquí corren!
San. ¡Ya adivino! ¡Les acosa
en el Palmar el Pirata!
¡Si lo dije!
Rivera (Sigue en la ventana.) Si esa boda
ha de terminar en sangre.
San. (Dirigiéndose á la izquierda.)
Esperad...
Celia ¡Padre!
Rivera Ya asoman
don Leonardo y los demás:
acabó la ceremonia.
Celia ¿A dónde vas, padre mío?
San. Voy de la gente en derrota
á tomar lenguas.
Celia (Queriendo ir con él.) Nosotros...
San. Vosotros aquí: no es cosa
de que todos se alboroten.
Yo me basto y tú me sobras.
(Con un ademán imperativo la obliga á quedarse, y él sale por la izquierda.)

ESCENA X

CELIA, RIVERA, después LEONOR, LEONARDO, DON LUIS, OSORIO y la gente que trajeron

Celia ¿Vendrá el pirata hasta aquí?
Rivera No temas, que en el Palmar
tienen donde trabajar.
Son muy ricos los de allí. (Con cierta envidia.)
Mira, no siendo pecado,
ó si allá estuviese el moro,
yo sé donde tienen oro
como jamás has soñado.
(Entran precipitadamente los demás personajes; delante Leonardo y Leonor.)
Leon. (Dirigiéndose á Rivera.)
Lope, Antón, Martín y Blas,
que tomen los arcabuces
y hacia el Palmar los conduces,
que voy con estos detrás.
(Sale Rivera por la derecha.)
Luis Razón tienes: te los cedo
que son gente bien probada.
Leon. (Quitándose la espada de gala y dándosela á un criado.)
Toma esto. Dame mi espada,
mi montante de Toledo.
(El criado saca del trofeo una fuerte espada de combate y se la entrega á Leonardo.)
Vosotros quedais aquí:
(A don Luis y Osorio.)
yo mi Leonor os confío.
Leonor (Abrazándose á él.)
¡Leonardo! ¡Leonardo mío!
Leon. El honor me llama allí.
Leonor ¡Sé prudente! ¡Sé prudente!
Leon. (Llevando á Leonor hacia la derecha y procurando consolarla.)
No temas, Leonor: no mata
á un caballero un pirata
cara á cara y frente á frente.
El pirata es siempre flojo:
el botín es su ambición:

los acuchillo en montón,
á las olas los arrojo
deshechos en cien pedazos,
sin que mi sangre derroche,
y antes que cierre la noche
vuelvo, Leonor, á tus brazos.

ESCENA XI

DICHOS, SANABRIA, por la izquierda muy agitado. LEONOR y LEONARDO ya junto á la puerta de la derecha

San. ¡El pirata en el Palmar!
Leon. (Queriendo salir.)
Ya lo sé y allá me voy.
San. Pues otra noticia doy.
Leon. (Deteniéndose.)
Pues dila si has de acabar.
Prisioneros dos ó tres
se han cogido en la refriega.
Leon. Mételos en la bodega,
los ahorcaremos después.
(De nuevo hace un movimiento para salir.
San. Pues otra noticia, vaya.
Leon. Que no te quiero escuchar.
(Ya colérico.)
¡Sangre corre en el Palmar
y hay piratas en la playa!
(Sale por la derecha con Leonor y la gente que les acompaña.)

ESCENA XII

DON LUIS, OSORIO, CELIA, SANABRIA

San. (Después de una pausa.)
Mal hace, porque interesa
la noticia que traía.
Luis Dila pues.
San. A eso venía.
Que va á llegar la Marquesa.
Luis }
Osorio } ¡Doña Blanca!

San. Es muy del caso
que no falte al regocijo
de la boda de su hijo,
aunque llegue con retraso.
Osorio ¿Cómo sabes?...
San. Como ví
bajar el coche la cuesta.
Luis ¿Y viene?...
San. Pues á la fiesta:
y es muy justo. (Asomándose á la izquierda.)
Ya está ahí.
Luis (A Osorio.)
Nunca muy amigos fuimos.
Osorio En notable confusión
nos pone.
Luis ¿Por qué razón?
Vinimos con quien vinimos.

ESCENA XIII

DICHOS, la MARQUESA y el MARQUÉS

Marqués (A la Marquesa al entrar.)
Algo ocurre en el contorno:
¿no viste?... (Reparando en Osorio y don Luis.)
¡Osorio! .. ¡Don Luis!...
Marq. (Después de saludarles ligeramente.)
¿Y Leonardo?
San. Por un tris
no le halláis. Mas de retorno
presto estará.
Marq. ¿Por qué ausente?
San. Porque un bajel berberisco
llegó ahí cerca, y al arrisco
se fué con toda la gente.
Marq. Su deber hizo. No importa;
Leonardo... (Con inquietud.)
Luis No hay que temer;
llevó gente de valer,
y el pirata no soporta
su embestida en el Palmar.
Marq. ¿De manera?...
Luis Que de fijo

antes que llegue vuestro hijo
se va el corsario á la mar.

Marq. ¡Dios lo quiera! Y bien... señores,
tomad asiento.

Osorio El honor
aceptamos.

(Se sientan todos menos Sanabria y Celia, que quedan en el fondo. La Marquesa y el Marqués junto á la mesa: al otro lado don Luis y Osorio.)

Marq. En rigor,
más que un honor dos honores
concede vuestra presencia
á esta alárabe morada,
ya ruinosa y olvidada
por los años y la ausencia.

Luis Mi presencia ó mi visita
no es, señor, acatamiento
al lugar ó alojamiento,
sino al dueño que lo habita.

Marq. Pues á mi casa no vais
y en este torreón os veis,
á Leonardo concedéis
lo que á su madre negais.

Luis Yo no niego lo que adeudo,
y pues él se vino á mí,
en su empeño le asistí
como amigo y como deudo.

Osorio Como amigo de su padre
pidióme favor igual.

Marq. ¡Un favor! ¿Y saber cuál
es dado, Osorio, á su madre? (Pausa.)

Osorio (Como vacilando.)
Asunto... de amores es.

Marq. ¿Y suyos?

Luis Suyos.

Marq. Señores,
por otro asunto de amores
vengo yo con el Marqués.

Marqués Excusad mi admiración (Con ironía.)
al veros con vuestra edad,
vuestro nombre y dignidad
en tan rara ocupación.

Luis ¡Marqués!

Marqués Decirlo me pesa.

Luis Pues no os pese ¡vive Cristo!

que á igual caso, por lo visto,
vinísteis con la Marquesa.

Marq. Bien decís lo que decís,
y lo que dije mantengo.
Por unos amores vengo,
como vos, señor don Luis.
(Volviéndose á Sanabria.)
Sanabria, sin mi licencia,
en esta torre que es mía,
¿por qué admitió tu osadía
de esa mujer la presencia?

San. Yo pensaba... claro... en fin,
don Leonardo lo dispuso;
él la trajo y él la puso
cual reina en el camarín.

Marq. Pues como reina la ordenas
que salga esta misma noche
de este torreón; y mi coche,
las molestias y las penas
que todo viaje ocasiona,
puede excusarla en efecto,
con muchísimo respeto
llevándola á Barcelona.
(Sanabria vacila y al fin se queda inmóvil.)

Marqués (Con asombro.)
¡Qué, Sanabria, no obedeces!

Marq. ¿Es que tu dueña no soy?

Luis En esta casa por hoy
no mandais como otras veces.

Marq. Ya sé que fué de Aguilar;
pero en tanto que la herencia
pase á Leonardo, en conciencia
yo puedo en ella mandar.
Y pudiendo ó sin poder,
que poco importa en rigor,
interesa á nuestro honor
arrojar á esa mujer.

San. (Con resolución.)
Si lo mandais yo obedezco.

Marq. Pues lo mando.
(Sanabria intenta dirigirse á la derecha.)

Luis (Con imperio.) ¡Quieto ahí!
Leonor no sale de aquí.

Marq. ¡No sale!

Luis Veis que enrojezco,

aunque de evitarlo trato,
por la vergüenza y disgusto
de contrariar vuestro gusto
y oponerme á su mandato.

Marqués ¡Y yo digo que saldrá!

Luis Y yo, que no puede ser.
(Poniéndose de pie.)
La tengo que defender.

Osorio (Levantándose también. La Marquesa y el Marqués hacen lo mismo.)
Y con vos Osorio está.

Luis En Leonor nadie hay que ejerza
imperio en esta ocasión.
Me opondré por la razón
y me opondré por la fuerza.

Marqués Del uno ó del otro modo
de la Marquesa el mandato
se cumple.
(Con energía dirigiéndose á la puerta de la derecha.)

Luis Yo no lo acato.
(El y Osorio se ponen delante de la puerta.)

Marqués Pues será á pesar de todo.
(Echando mano á la espada. Don Luis y Osorio hacen lo mismo.)

Marq. (Interponiéndose.)
¡Esperad! ¡Sangre no quiero!
(Todos vienen al primer término.—A don Luis.)
¿Ilustre será la dama
que en defensa de su fama
encuentra tan limpio acero?

Luis Jamás la vimos hasta hoy.
(Movimiento de extrañeza de los Marqueses.)
Hija es ella de un soldado,
según Leonardo ha contado;
y, sin embargo, no doy,
con ser mi nombre Aguilar,
por más ilustre á ninguna,
que si timbres da la cuna
timbres concede el altar.

Marq. (Con interés y sobresalto.)
No comprendo.

Luis Soy muy tardo
de palabra ¡vive Dios!
Pero, en fin, igual á vos
es la esposa de Leonardo.

Marq. ¡Ella!
Luis Leonor de Mejía.
Marq. (En el colmo del estupor.)
¡Con Leonardo!
Luis Así parece:
y agrego que lo merece.
Marq. ¡Esa mujer hija mía!
¡No es posible!
Osorio No es dudoso.
Marq. ¿Pero quién es?
Luis Es amada
por Leonardo, y es honrada,
y es hermosa.
Marq. ¡Dios piadoso!
(Cae desplomada en el sillón.—Pausa.)
¡Un Aguilar así humilla
su nobleza! Si lo veo
y aun con verlo no lo creo.
(Oculta el rostro entre las manos y llora amargamente de enojo y de vergüenza.)
Marqués (A don Luis.)
¿Fué la boda?...
Luis En la capilla
que podeis ver desde allí.
(Señalando á la ventana.)
Marqués ¿Cuando llegamos?
Luis Cabal.
Marq. (Con un resto de esperanza.)
¿El monje?...
Luis Bula especial.
(La Marquesa reanimada un instante vuelve á su abatimiento.)
Marqués ¿Y fuisteis testigos?
Luis (Pausa.) Sí.
Marqués (Acercándose á la Marquesa.)
El olvido ha sido y es
la pena del hijo ingrato.
Marq. Eso quiero: de eso trato:
pero no puedo, Marqués.
¡Y yo que para él soñaba
la más ilustre doncella;
la más pura; la más bella!...
¡Salgamos!
(Se levanta, y apoyada en el Marqués se dirige á la puerta de la izquierda.)

(Deteniéndose y separándose del Marqués.)
Todo se acaba.
Todo se lo lleva el mar
del desengaño á sus senos;
los malos como los buenos
allá vamos á parar.
¡Placeres y regocijos!
¡Ilusiones y esperanzas!
¡Vanidades y privanzas!
Todo: en fin ¡hasta los hijos!
¡Esa invencible ilusión,
esa postrera alegría,
que brota ya en la agonía
del fondo del corazón!

Marqués ¡Blanca!..

Marq. (Secándose los ojos.)
(Sí. No lo he de ver.)
Sostenme, que andar no puedo.
(Apoyada en el Marqués se dirige de nuevo á la puerta.)

Marqués ¡Dios os guarde! (Se despide.)

Marq. (Con arranque repentino, desprendiéndose de su esposo y viniendo al centro de la escena.)
No; me quedo.
Yo la quiero conocer.
Celia, que venga Leonor.
(Celia se dirige á la derecha.)

Marqués (Deteniendo con un ademán á Celia.)
¿Qué intentas, Blanca?

Marq. (A Celia, que al fin sale.) Obedece.

ESCENA XIV

DICHOS menos CELIA

Marq. (Con amarga ironía.)
Tanto don Luis la enaltece
que fuera injusto rigor
sin conocerla salir
de esta torre.
(Separándose á un lado con el Marqués y hablando en voz baja.)
(Tuya soy;

pero déjame por hoy
otros deberes cumplir.
Leonardo fué siempre un hombre
de juicio recto y severo:
es muy noble aunque es muy fiero.
Y yo... mira... aunque te asombre
me siento culpable. Sí:
no está mi pecho tranquilo.
Por ti abandoné á Camilo
y á mi Leonardo perdí.
Yo no he sido buena madre:
por mis hijos no he velado:
buen esposo me he buscado:
buen esposo, no buen padre.
¿Con qué derecho ó razón
pretendes que no la vea?
¿Por qué no quieres que lea
en su rostro el corazón?
¡Si fuese buena... capaz
soy de perdonarla! ¡El alma
es lo primero!)

Marqués (Más calma;
veremos antes la faz.)

ESCENA XV

La MARQUESA y el MARQUÉS, á la izquierda, junto á la mesa; DON LUIS y OSORIO, en el centro; SANABRIA en el fondo, apoyado en la ventana. LEONOR y CELIA por la izquierda. Leonor entra tímidamente y Celia la va animando

Celia No temais, doña Leonor:
ya lo sabe y quiere veros,
y es claro que al conoceros
os ha de tener amor.

Leonor No digas eso. ¡Ha de ser
temor! Que no, te repito.
Por Dios, Celia, ¿qué delito
cometí para temer?

Marq. (Mirándola con disimulo, aunque sin verle el rostro y dirigiéndose al Marqués.)
¡Es muy noble su figura!
¿Sería hidalgo su padre? (Con ansia.)

Luis (Tomando á Leonor por la mano y acercándose á la Marquesa con ella.)
De abrazar á vuestra madre
vais á tener la ventura.

Leonor (Arrodillándose á los pies de la Marquesa sin que ésta fije aún en ella la vista.)
A vuestras plantas someto,
no la culpa que desdora,
sino mi humildad, señora,
mi cariño y mi respeto.
(Inclinando la cabeza.)

Luis Marquesa, un beso de paz.

Marq. (Con vaga imquietud.)
(Esa voz, ¿dónde la oí?)

Leonor Señora, volved á mí
amorosa vuestra faz.

Marq. Leonor, levanta tu frente,
que nunca debe inclinarse
si limpia puede mostrarse.

Leonor (Levantando los ojos hacia la Marquesa á tiempo que ésta se inclina y la mira.)
¡Madre!... ¡Madre!...

Marq. ¡Dios clemente!
¡Otra vez te he visto así!
(Se miran fijamente ambas pero sin cambiar de postura.)

Leonor (Con asombro.)
¡A mí, señora!..
(Recordando de repente algo.)
¡Y yo á vos!

Marq. ¿Lo reeuerdas?

Leonor ¡Sí, por Dios!

Marq. Pues ¿en dónde, en dónde? dí.

Leonor Esperad... la idea pierdo...

Marq. (Sujetándola de rodillas y mirándola fijamente; todos rodean con ansia el grupo de ambas mujeres.)
Quédate así: no te muevas.

Leonor ¡Un día de horribles pruebas!...

Marq. (Dando un grito terrible.)
¡Eso.. sí... ya lo recuerdo!
¡Pero fué noche... no día!
¡De unas hachas al fulgor!
¡Salir pidiendo favor
de una infame mancebía!...

Luis ¡Ella!

Marq. (A don Luis con voz terrible.)
¡La esposa de mi hijo!
Osorio ¡Ella!... ¡Leonor!
Luis ¡Contestad!
Marq. ¡Dí que miento!
Leonor ¡Por piedad!
Marq. ¡Dí que miento! ¡Te lo exijo!
Luis (Cogiéndola por un brazo.)
Si ese labio no mintió
piensa que vas á morir.
Leonor (Que estuvo de rodillas se levanta con fiereza.)
¡Ni aun así quiero mentir!
Luis ¿No lo niegas?
Marq. ¡Pronto!...
Leonor ¡No!
Luis ¡Quien afrenta de Aguilar
el nombre de esta manera
lo paga! (Desnuda la daga.)
Leonor ¡Don Luis! (Retrocediendo)
Marq. ¡Que muera!
(Don Luis se precipita sobre Leonor. Celia la cubre con su cuerpo, abrazándose á ella; los demás sujetan á don Luis, menos la Marquesa, que permanece inmóvil á su lado.)
Leonor ¡Leonardo!
Luis (Pugnando por ir hacia ella.)
¡Te he de matar!..
Celia (Abrazándola aún más.)
¡No, mi señora!
Marqués El enojo
contened. No es de provecho.
Hecho está lo que habéis hecho.
(Momento de calma. Todos, menos Leonor y Celia, á la izquierda, formando un grupo que rodea á la Marquesa y á don Luis. Leonor y Celia al lado opuesto.)
Leonor Sin razón y á vuestro antojo
me maltratáis. Sin razón,
aunque contra mí se ejerza,
que sólo fuí por la fuerza
á aquella infame mansión.
(Movimiento de desdén en todos, que vuelven la cabeza por no oirla.)
Os lo juro de rodillas
por todo lo más sagrado.
(Llorando y angustiada.)

Marqués Si tan sin culpa has estado,
¿por qué cobarde te humillas?
Leonor Bien decís: ¿por qué manchar
con llanto mi limpia tez?
Yo no tengo más que un juez,
que es Leonardo de Aguilar.
Mi derecho aquí me ampara;
antes que humillada muerta.
Marq. Ya la víbora despierta
y su veneno prepara.
Leonor Si suplico, que me humillo,
y que pruebo por cobarde
mi delito. Si aunque tarde,
á mi frente asoma el brillo
del enojo y de mi raza
nuestro ser ante la afrenta,
soy la víbora que alienta.
Pues entonces, ¿cuál la traza,
cuál el medio de obtener
la justicia merecida?
La inocencia en esta vida,
Dios mío, ¿cómo ha de ser?
(Acercándose al grupo de la izquierda.)
Marq. Vete lejos.
Leonor ¡Madre!
Marq. ¡Atrás!
Marqués La inocencia no discurre
de ese modo, ni le ocurre
discutir.
Leonor ¡Aquesto más!
(Un momento queda como vencida, pero de nuevo vuelve á la lucha.)
Pues modo debe existir
de vencer su resistencia:
debe encontrar la inocencia
manera de persuadir,
acentos del corazón,
palabras que busca en vano,
¡algún grito sobrehumano
de suprema indignación!
O si esto no puede ser,
tal manera de llorar,
que no se pueda imitar
y que logre convencer.
¡Que á mi Leonardo mentí!

¡Que hice traición á su amor!
¡Que siendo suyo mi honor
manché su honor!

Marqués Eso: sí,

Leonor Razón tenéis por demás;
pero solo en la apariencia.
¡Yo la tengo en mi conciencia!
conque ved qué vale más.
Mi pobre madre murió,
unos hombres me llevaron,
otros hombres me salvaron...
no, Leonardo me salvó.
¿No es esto claro, Dios mío?
Pues sucedió de este modo. (Con sencillez.)
¿Por qué si lo explico todo
ese silencio sombrío?
¿Tal es el mundo ¡ay de mí!
que es razón la sinrazón?
Lo que en otros fué traición,
¿por qué ha de ser culpa en mí?
¡Mirad, señores, mi frente:
su palidez, mis sonrojos,
algo que brilla en mis ojos,
que llora, pero no miente!
Decid qué debo hacer yo,
y lo haré.

Marqués Sufrir tu cruz.

Leonor ¿No muestra el alma su luz?

Marqués A Dios, siempre; al hombre, no.

Marq. (Con fiereza.)
Esa boda no ha de ser;
y si ha sido no será.

Marqués (Imponiendo calma.)
A todo se proveerá.
(En voz baja, de manera que le oigan los que le rodean, pero no Leonor.)
Roma puede deshacer
y ha deshecho en ocasión
matrimonios de esa clase.

Marq. ¿Y si Leonardo llegase,
y loco por su pasión?...
(Desde este momento los Marqueses, don Luis, Osorio y Sanabria, forman á la izquierda un grupo hostil, frío, impasible, que habla en voz baja, y que mira á Leonor, pero que no se dirige jamás á ella. Celia y

Leonor á la derecha miran temblando á los demás personajes, presintiendo algo terrible.)

Leonor (A Celia en voz baja)
(¡No me quieren escuchar
y yo la verdad les digo!)

Marq. (Señalando á Leonor.)
¿Y su afrenta y su castigo?

Luis No hay más que un medio: matar.

Celia ¿Qué dicen? ¡Doña Leonor!...
(Abrazándola.)

Marq. (Como buscando un pensamiento.)
Eso no... algo que sea...

San. Señora, tengo una idea
y soy un buen servidor.
(Les habla en voz baja y con animación.)

Leonor ¿Pero tú me crees? (A Celia.)

Celia Yo sí.

Leonor Pues ellos, ¿por qué no quieren?
¿Por qué todos juntos hieren
con tal furia sobre mí?

San. (Continuando lo que decía.)
Y se la llevan á Argel,
ó la arrojan en el mar,
y don Leonardo al tornar
se encuentra sin su joyel.

Marq. (Resueltamente.)
Me opongo...

Marqués (Conteniendo á la Marquesa con el ademán.)
Vengan los dos.
(A Sanabria, que sale.)

ESCENA XVI

DICHOS menos SANABRIA

Marq. Eso es mucho y no es bastante.

Marqués (Con ironía)
Pues perdona: corre amante
á su encuentro y ¡vive Dios!
que ella lo ha de agradecer.

Luis Es más noble mi venganza.

Marqués Poco de esto se os alcanza,
¡noblezas con tal mujer!

Leonor Algo traman contra mí.

Celia ¡Huyamos!...
Leonor Sí; bien decías.
¡Qué miradas tan sombrías!
(Leonor y Celia intentan salir, pero el Marqués previene el movimiento.)
Marqués ¡Nadie se mueve de aquí!
Marq. ¡Eso.., imposible!
Marqués ¡Y por quién
sentimientos tan humanos!
(Señalando á Leonor.)
No está bien entre cristianos
quien nació para el harén.

ESCENA ULTIMA

DICHOS, SANABRIA, HACÉM, CAMILO. Todos los personajes de la escena anterior en el mismo orden. Los tres últimos entran por la derecha. Camilo viste traje y jaique de pirata con una pequeña capucha, que le cubre el rostro. Empieza á obscurecer

San. ¡Que os abren camino apuesto
para escapar, por quien soy! (Al entrar.)
Marqués (A Sanabria.)
Haz que se acerquen.
Hacém Ya voy.
Camilo ¡Mi madre!... ¡Leonor!... ¿Qué es esto?
(Se va al fondo y se apoya contra la ventana, cubriéndose el rostro)
Marqués ¿Cómo te llamas?
(En voz baja á Hacém, que se ha reunido al grupo de la izquierda.)
Hacém ¡Hacém!
Marqués ¿Eres listo?
Hacém No soy zote.
Marqués ¿Quieres libertad y un bote
y botín para el harén?
Hacém ¿Qué es preciso para tanto?
Marqués Pues tomarlo y nada más.
Osorio ¿Y tú bajel hallarás?
Hacém Perded cuidado.
Leonor ¡Dios santo!
¿Por qué me miran así?
Celia Yo no lo sé.

Hacém Yo respondo
de su vida. (Mirando á Leonor.)
Camilo (Mar de fondo
contra Leonor hay aquí.)
Leonor Se me oprime el corazón:
se desvanece mi vista:
tiemblo como rota arista:
esos hombres, ¿quiénes son?
Camilo (Mucha sangre derramé,
pero aun tengo alguna parte:
si una vez logré salvarte
otra vez te salvaré.) (Aparte.)
Hacém ¿Es aquella dama?
(En voz baja al Marqués, señalando á Leonor.)
Marqués Sí.
Leonor ¡Mira ese hombre!...
(A Celia con terror.)
¿Por qué viene?
(Hacém se para.)
Marqués Sigue.
Marq. No.
Marqués ¿Qué te detiene?
(A Hacém y sujetando á la Marquesa.)
Leonor ¡Leonardo... Leonardo, á mí!

(La Marquesa, el Marqués, don Luis, Osorio, Sanabria y Hacém, formando un grupo sombrío y feroz, á la izquierda; mirando de vez en cuando á Leonor y señalándola. Leonor y Celia á la derecha, contemplando con espanto el grupo anterior. Camilo en el fondo, apoyado en la ventana. Después, como queda dicho Hacém se separa de los demás y se acerca él solo á Leonor, lentamente: Leonor da un grito y se aferra á Celia: ambas retroceden. Hacém avanza y pone su mano sobre el hombro de Leonor. Camilo avanza también hacia ella por el lado opuesto y recatándose.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La escena representa el pabellón del mar de que se habló en el acto segundo.

En el fondo una gran puerta, ó mejor dicho, un «rompimiento», por el que se ve el espacio completamente negro, hasta el final del acto, en que comienza á amanecer. A un lado y otro de este rompimiento grandes ventanas, En toda la longitud de este lienzo, es decir, del rompimiento, y bajo las ventanas, cuatro escalones para subir á la plataforma del muelle que corre por fuera. Se supone que de dicha plataforma arranca una escalinata ó muelle por escalones, que se hunde en el mar.

Sobre la plataforma, por el lado del pabellón, dos bases ó soportes, y en una clavada una antorcha. Sobre la misma plataforma, por la parte de afuera, otros dos soportes para las amarras. A la izquierda una puerta y otra á la derecha. Algunos objetos de marinería. Un banco á la izquierda. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

DON LUIS OSORIO, SANABRIA. Los dos primeros en primer término: Sanabria observando desde fuera el mar

Luis ¿Nada se ve?
San. Nada veo
por más que miro. La tarde
murió triste en Occidente,
y la noche en todas partes
tiende los anchos crespones
de su enlutado ropaje,

desde el alto firmamento
hasta el fondo de los mares.
En el cielo, ni una estrella;
á lo lejos, ni un celaje;
ni una fogata en el monte;
ni en las olas, de la nave,
cual perpetuos centinelas,
los luminosos fanales.
Todo negro: todo negro:
el cielo, la mar, los aires.

Luis ¿Nada se oye?

San. Bien escucho:
mas, don Luis, escucho en balde.
Solo el silbido del viento;
el revolar de algún ave,
á quien sorprendió la noche
y anda perdida y errante
buscando en vano del nido
las plumas y el calor suave;
ó de las olas el choque,
y el estrépito constante,
al romper contra ese muro
de escalones, su coraje.

Osorio Inquieto estoy.

Luis Yo también.
Que siempre vienen los males
en montón, como las nubes
que empujan las tempestades.

Osorio ¿Fuimos justos con Leonor?

Luis ¡Quién lo duda!

Osorio ¡Quién lo sabe!

Luis Cayó en el mar de su infamia;
si pueden, busquen sus artes
orillas en ese mar,
playas en sus soledades.

Osorio ¿Llegarían al bajel,
ó acaso andarán errantes
entre montañas de espuma
que en abismos se deshacen?

Luis ¡Qué me importa! Quien me inquieta
es Leonardo. Ya el combate
debió terminar, pues vimos
al viento todo el velamen
cruzar al bajel pirata,
y tras él, muy á su alcance,

una galera dispuesta
para entrar al abordaje.
Y, sin embargo, no viene.

Osorio Ya vendrá.

Luis Va siendo tarde.
O en el Palmar cayó herido,
ó en el crucero, incansable,
se metió, para seguir
al corsario por los mares,
y á lo que en tierra empezó
dar en las olas remate.

Osorio Aunque así fuese, no hay causa
ni razón para alarmarse.

Luis Hay motivo y hay razón.
Trajo el viento por los aires
de la ronca artillería
los bramidos formidables;
cruzaron por el espacio,
encendidos y fugaces,
de las bombardas los fuegos;
los contornos de dos naves,
velados ya por las sombras
y las nieblas de la tarde,
viéronse en el horizonte
ya prontas al abordaje;
¿y el resultado cuál fué?
Se ignora, y esto me trae
como no diga mi lengua
ni se pinte en mi semblante,
que á un hombre como yo soy
ni los bienes ni los males
deben cogerle jamás
por sorpresa ó cual cobarde.

San. (Subiendo á la plataforma y luego bajando al pabellón.)
Inútil es mi atalaya,
y es inútil que me afane
por penetrar de las sombras
las negras profundidades.
Sólo consigo que el viento
mi rostro azote incansable
y que me salpique terco
con espumas el oleaje.

Luis Si mucho tarda, yo voy.

Osorio ¿Para qué?

Luis Para buscarle.

Osorio ¿Adónde?
Luis Al Palmar, que allí
debe saberse del lance
el resultado.
San. (Asomándose á la puerta de la derecha. Don Luis y Osorio se aproximan también.)
Alguien baja
del torreón hacia esta parte,
por la senda que entre rocas
y malezas forma calle.
Osorio Ya está cerca.
Luis Viene apriesa.
Osorio Una mujer.
San. ¡Celia!
Celia (Entrando.) ¡Padre!...
San. A este pabellón del mar
¿á qué bajas?
Celia A buscarte.

ESCENA II

DICHOS y CELIA

Celia Desde el extremo de tierra
en que subida al peñasco
estuve, mientras el sol
no apagó en el mar sus rayos,
vine al castillo. Y tan solo,
tan triste y abandonado
lo encontré, que tuve miedo,
y tomé la senda abajo,
para ver si te encontraba,
y si encontraba á tu lado
á mis tristezas consuelo
y á mis terrores amparo.
Luis ¿Se domina mucho el mar
desde ese sitio?
Celia Hasta el cabo
se divisa.
Luis ¿Y tú ves bien?
Celia Señor, aunque esté muy largo,
como no manche la niebla
los horizontes lejanos,

ó como no enturbien lágrimas
mis ojos, siempre ví claro.

Luis ¿Y hoy viste?

Celia Más que quisiera,
aunque mis ojos en llanto
se anegaban, y brumosa
iba la tarde bajando.

Luis ¿Qué fué, pues?

Celia Lo que sabéis:
una barca, dos corsarios,
una mujer, viva imagen
del asombro y del espanto;
entre dos jaiques morunos
flotante un vestido blanco;
entre dos rostros sombríos
otro rostro hermoso y pálido;
entre dos seres infames
un ángel aprisionado.
Y todo allá, sobre el mar,
á merced de sus estragos,
de sus orillas huyendo
y de cada vez más rápido,
como huye de la esperanza
el alma de un condenado,
al bajar á los abismos
de las sombras y del llanto.
¡Yo he visto aquella mujer,
hacia atrás siempre mirando,
cruzar con suprema angustia
las blancas trémulas manos,
mientras la niebla envolvía
su cuerpo con un sudario,
y una ráfaga de viento
arrebataba silbando
el velo de desposada
del cabello destrenzado!
¡Yo he visto aquellos dos hombres,
sobre no sé qué luchando,
salpicar con roja sangre
de la niña rostro y manos,
mientras la barca seguía
hacia el bajel del corsario!
Todo esto ví, mis señores,
subida sobre el peñasco.
Que fué ver tal villanía,

infamia tal, que no alcanzo
cómo pudo ser en tierra
de nobles y de cristianos!

San. ¡Celia!

Celia Mandome don Luis
que le relatase cuanto
pude ver en ese golfo,
desde el peñón solitario,
y aquesto vi, y obediente
hice, padre, mi relato.
Si manda seguir, yo sigo;
si manda callar, yo callo.

Osorio ¿La barca llegó al bajel?

Celia Aunque no distinguí claro,
pienso que sí. ¿Qué otra cosa
pudo hacer?

Luis ¿Y has presenciado
el combate entre el pirata
y la real galera?

Celia A ratos;
que estaban lejos, y el día
iba, señor, declinando,
y al anochecer del mar
son los vapores pesados.

Luis ¿Y qué viste?

Celia De los dos
hundirse en el mar al cabo
uno, deshecho y vencido,
y ardiendo y desarbolado.

Luis (Con ansia)
¿Cuál?

Celia No lo sé, que la noche
todo lo envolvió en su manto.

Luis Osorio, yo no resisto
la impaciencia en que me abraso.

Osorio Pues marchemos al Palmar
y fuera dudas.

Luis Pues vamos.

Celia Al Marqués encontraréis
allá, que el ruego escuchando
de la Marquesa, ha partido
con toda la gente há rato.

Luis ¿Y ella?

Celia Sola se quedó
por el castillo vagando.

Luis Pues al Palmar.
Osorio Dios nos guíe.
Luis Osorio, á vuestro mandato.
(Salen los dos por la derecha.)

ESCENA III

SANABRIA, CELIA, que se aproxima al fondo y fija su vista en el mar

San. ¿Qué miras?
Celia La inmensidad.
San. ¿En qué piensas?
Celia Con dolor
pienso, padre, y con verdad,
que en los hombres no hay honor,
ni en las mujeres piedad.
San. ¿La querías?
Celia ¡La quería!
¡Era tan buena conmigo!
San. ¡Fingía, Celia, fingía!
Celia Imposible; yo te digo
que un ángel me parecía.
¡Ella, ternura y pasión,
ella tan dulce y tan bella,
echada sin compasión
á ese monstruo que se estrella
en la arena y el peñón!
¿Para tal existen fueros?
¿Esto se hace entre cristianos?
¿Serán esos hombres fieros
caballeros? ¡Caballeros!...
¡Villanos y muy villanos!
Espacio, el que nunca acaba,
negra noche, mar sombría,
¿qué hicísteis de vuestra esclava?
¿de la niña que gemía?
¿de la mujer que lloraba?
Ya su cuerpo estará helado,
helada su frente pura,
y el agua le habrá robado,
codiciosa de amargura,
cuanto llanto ha derramado.

¡Leonor!
(Se cubre el rostro con las manos y llora.)

San. Se escucha un rumor.
Celia (Acercándose á la plataforma.)
Es el golpe de unos remos.
San. Se acercan.
Leon. (Dentro.) Por estribor...
San. Una barca.
Celia Aquí tenemos
á don Leonardo, señor.
Leon. ¡Atraca! (Dentro.)
Voz Resbaladiza
la piedra está por aquí.
Otra Y por aquí movediza.
San. (¡Si supiera que yo fuí!...
¡El cabello se me eriza!)
(A Celia con profundo terror.)
¡Ni una palabra! ¡Depende
mi vida de tu silencio!
Si lo que hicimos entiende. .
Leon. Ya está bien: basta, Laurencio.
San. ¡Lejos!... Tu llanto te vende.
(Celia se separa á un extremo.)

ESCENA IV

DICHOS, LEONARDO, que sube por el fondo á la plataforma: se ve surgir su figura del suelo por grados, como si subiese la escalinata del muelle

San. Al fin volvéis. (Finge alegría.)
Leon. Sí, por Dios,
y el lance fué cual ninguno:
si en tierra valió por uno,
valió sobre el mar por dos.
No estaba el pirata tierno,
ni era muy blanda su piel,
pero pirata y bajel
fueron juntos al infierno.
(Hablando desde la plataforma al de fuera.)
Puedes irte á Barcelona
para alcanzar la galera.
Adiós, Laurencio.. No, espera.

Hacia allá, recoge lona,
la marcha detén, y grita
por si alguno te responde.
¿Sabes dónde?

Voz Ya sé dónde.

Leon. ¡Adiós!

Voz ¡Adiós!

Leon. No se quita
aquella voz de mi oido.
(Bajando preocupado de la plataforma.)

San. ¿Qué fué?

Leon. Pues fué que al venir
pensamos todo oir
una voz y hasta un gemido,
y entre la bruma una barca
nos pareció vislumbrar.
Quisímonos acercar,
pero ¡buena está la charca!
Apretamos el timón,
rompimos por entre espuma,
llegamos... pero en la bruma
hundióse la aparición.
La antorcha de ese pilar
clava sobre aquel soporte,
y sirva su luz de norte
á quien vague por el mar.
(Sanabria cumple la orden de Leonardo tomando la antorcha y poniéndola en uno de los soportes exteriores: Celia, que ha oido con atención las palabras de Leonardo, se acerca algunos pasos á éste.)
Quien más tiene más socorre,
y dar puede norte y guía
quién la luz goza del día
en la luz de aquella torre.
(Mirando por la puerta de la derecha y extendiendo el brazo en la dirección que indica.)
Ya no hay noche para mí:
á las olas la arrojé:
cuanto en ella yo soñé
con Leonor me espera allí.
(Sale por la derecha.)

ESCENA V

CELIA, SANABRIA que ha oído desde la plataforma las últimas palabras de Leonardo, baja apresuradamente y se acerca á Celia

San. ¡En aquel viejo torreón
piensa su dicha encontrar!...
¡Ah, Celia! Su despertar
pone espanto al corazón.
¡Huyamos!
Celia (Con asombro) ¿Por qué?
San. Tú ignoras
lo que es Leonardo en sus iras.
Ese mar que tanto admiras,
ese mar que tanto adoras,
con su eterno, inmenso hervor,
ni es más bravo ni es más fiero
que ese noble caballero
en sus horas de furor.
Celia ¿Y á ti, padre, qué te importa?
San. Pues me importa por lo visto,
cuando busco, ¡vive Cristo!
puerta franca y senda corta.
(Acercándose á Celia y hablando con misterio.)
Yo inventé para la infame...
eso... que tanto te aflige.
Celia ¡Vos! ¡Mi padre!
San. Ya lo dije.
Vámonos antes que llame.
Celia Tienes razón.
San. (Queriendo llevarla por la izquierda.)
Por aquí.
Celia (Deteniéndose y prestando oído.)
Un momento...
San. ¿Ya te pesa?...
(Queriendo llevársela de nuevo.)
Celia ¿Nada ves?
San. Es muy espesa
la niebla.
Celia ¡Mira hacia allí!...
(Con emoción creciente.)
¡De atracar un barco trata!

San. (Llevándosela.)
Sígueme...
Celia No me equivoco.
San. ¡Tú vas á volverme loco!
(Arrastrándola á pesar de su resistencia y ya muy cerca de la puerta de la izquierda.)
Celia ¡Ya chocó la escalinata!

ESCENA VI

DICHOS, CAMILO, desde fuera y sin que se le vea aún

Camilo Por el Cristo y por su cruz
que hoy tengo que redimirme
de mis culpas. Ya até firme
la barca.
(Aparece en el rompimiento central, viniendo por la izquierda, como si hubiese atracado de aquella parte, y coge la antorcha.)
Venga esa luz.
(Mirando desde lo alto de la plataforma sin ver á Sanabria y Celia, que están en el ángulo de la izquierda.)
Un pabellón solitario.
¡Vive Dios, que era ya urgente
el llegar!...
(Apoyándose desfallecido contra el pilar exterior de la derecha y con la antorcha en la mano.)
¡Ah, de la gente!
(Volviéndose y viendo á Sanabria.)
¡El escudero!
San. ¡El corsario!
(Sanabria y Celia se acercan á la plataforma.)
Camilo Gracias por esta señal.
(Dando la antorcha á Sanabria y apoyándose en el pilar para no caer; Sanabria coloca la antorcha en el soporte interior de la izquierda.)
San. ¿Y Hacém?
Camilo Durmiendo á sus solas.
San. ¿Dónde?
Camilo Lo saben las olas
y el filo de este puñal.
Celia ¿Y Leonor? (Con profunda ansiedad.)
Camilo De aquella barca

en el fondo está dormida:
(Hace Celia un movimiento como para ir: su padre la contiene.)
ó acaso desvanecida,
ó acaso cortó la parca
su desdichada existencia.
Yo no lo sé, que hace rato
vago como un insensato
sin memoria y sin conciencia.

Celia (Dirigiéndose al cielo.)
¡Ah!... ¡Gracias! ¡Doña Leonor!

San. Espera. (Conteniéndola.)

Celia ¡Cielo divino!

Camilo Siento como un torbellino
que gira á mi alrededor.
(A Celia.)
¿Tienes cerca algún paraje
donde oculto y de callada,
á esta sangre desbocada
pueda ponerle rendaje?

Celia La cabaña de Martín.

Camilo Pues vamos, porque la vida
se escapa por esta herida
en torrentes de carmín.
(Bajando vacilante, dando algunos pasos hasta apoyarse en Celia y dirigiéndose á Sanabria.)
Tú, saca á tierra esa dama
y allá la llevas también,
que más tarde yo sé bien
lo que conviene á su fama.

San. ¿Y quién sois para mandar? ..

Camilo ¿Que quién soy? (Con arranque de soberbia.)
(Conteniéndose.) Quien la salvó.
Tú en cambio quien arrojó
esa mujer sobre el mar.

San. Yo os juro...

Camilo Y por cierto ten,
que si falta no me hicieras,
hace rato que estuvieras
en el golfo con Hacém.

Celia ¡No! (Como para defender á su padre.)

Camilo ¡Silencio! (A Sanabria.) Cumple presto.
Vamos, Celia, ya te sigo.
(Se dirigen ambos á la izquierda.)
(Volviéndose á Sanabria.)

Conque esa mujer conmigo,
y de mi cuenta va el resto.
¡Pobre niña! Siempre fuí,
de mi infamia en lo profundo,
si corsario para el mundo,
caballero para ti.
Gente honrada te maltrata,
y un pirata te protege,
pídele á Dios que le deje
vivir una hora al pirata.
(Sale apoyado en Celia por la izquierda.)

ESCENA VII

SANABRIA

¡Hacém le dijo... y él sabe...
y Leonardo lo sabrá!...
Echada mi suerte está.
Tan solo un recurso cabe:
la fuga. Llevo á Leonor,
(Se prepara para subir á la plataforma.)
y con mi Celia después...
¿Quién viene?... ¡Sin duda él es!
(Acercándose á la derecha.)
¡Leonardo! ¡Cielos! ¡Favor!

Leon. (Dentro.)
¡Sanabria!

San. ¡Su voz me llama!

Leon. ¡Sanabria!... ¡Celia!...

San. ¡Y qué fiera
resuena de esa manera!
Aquí se queda la dama,
y allá se queda el corsario,
que la vida es lo primero,
y él es noble y yo pechero...
(Huye por la izquierda.)

Leon. (Apareciendo por la derecha, pálido, descompuesto y la cabeza descubierta.)
¡Nadie!... ¡También solitario!

ESCENA VIII

LEONARDO

¡Todos huyen de mí! ¡Ya nadie queda
ni aquí, ni allá! Dios santo, ¿qué es aquesto?
Una y dos y tres veces del castillo
recorro el interior y á nadie encuentro,
y sin alma y sin vida, sus torreones
parecen de un gigante el esqueleto.
Al principio «Leonor» murmura apenas
mi labio tembloroso en el silencio;
al fin «Leonor» rugiente la garganta
grita, y repite de la torre el eco.
¿En dónde está Leonor? ¿Por qué si amante
en su dorado camarín penetro,
y la llamo en voz baja y de mis brazos
creyéndola ante mí, reduzco el cerco,
en vez de un cuerpo en lánguido abandono,
estrechan en la sombra el aire negro?
¿En dónde está Leonor? ¿Cómo á mis ayes
no responde dulcísimo su acento?
¿Por qué si un beso cruje en el espacio
no encuentra en la tiniebla el compañero?
¿Quién me la roba? ¿Quién? ¿Qué monstruo
[ha sido?
¿Cómo al torreón saltó? ¿Por dónde huyeron?
¿Hacia qué parte corre el luminoso
rastro que ella dejó, que no lo veo?
(Deteniéndose un instante y procurando calmarse.)
Pero no, yo deliro; vana angustia.
Si Leonor es mi esposa, si la tengo
por siempre en mi poder, si ella me adora...
¡Qué me espanta, qué dudo, ni qué temo!
Realidad, ven á mí; cálmate, sangre;
reposa, corazón, no estés inquieto.
Don Luis y Osorio, por prudencia acaso,
del pirata los ímpetus temiendo,
consigo la llevaron. Del amigo
antes que la traición me inquieta el celo.
(Ya más tranquilo.)
La dicha que ambiciono, breves horas
quiso envidioso retrasarme el tiempo.

¡Qué importa, tiempo ruín, fugaz vacío,
de un soplo y de la nada vil engendro!
Tú pasarás, que apenas eres sombra
en la noble región del pensamiento,
y yo te alcanzaré, que *yo soy siempre*
y siempre llevo en mí del alma el fuego.
(Pausa.)
Mi Leonor volverá. Y sin embargo,
mientras yo no la vea, agudos siento
clavarse de mi ser en lo profundo
de no sé qué inquietud los dientes tercos.
¿Por qué el torreón estaba tan sombrío?
Esa senda al subir, mis ojos vieron
una luz oscilar, como afanosa
de los moriscos arcos por los huecos.
Llego, penetro en él, y todo obscuro:
de la luz, ni una llama, ni un destello.
Salones cruzo, pasadizos corro,
y en uno allá en el fin, pero muy lejos,
de una mujer la sombra me parece
que camina hacia mí con paso lento.
«Leonor»—grito—«Leonor, ¿por qué, bien
[mío,
tan perezoso vienes á mi encuentro?»
Y hacia ella voy, y entonces espantada
la aparición se desvanece huyendo.
(Con nueva inquietud.)
Algo horrible se acerca: ya no hay duda.
Mis ojos no lo ven, pero lo siento:
forma no tiene aún, pero ya viene...
(Se presenta la Marquesa en la puerta de la derecha. Debe vestir de negro en los dos últimos actos.)
¿Quién eres tú, mujer?... ¡Mi madre! ¡Cielos!

ESCENA IX

LEONARDO, la MARQUESA

Marq. ¿Te espanta mi presencia por acaso?
Leon. Vuestra presencia, no; mi pensamiento.
Marq. Verdad dices, Leonardo; muchas sombras
debes ver si penetras en su centro.
Leon. ¿Por qué vinisteis, madre?
Marq. ¿No era justo

acudir de tu boda á los festejos?
¿Ni cómo ser pudiera más que olvido
en caso tal, Leonardo, tu silencio?

Leon. Cuando al Marqués tomasteis por esposo,
bien recordais que estuve yo muy lejos;
nuestras bodas, señora, por lo visto,
deben llevar de igual tristeza el sello.

Marq. Por lo triste tal vez serán iguales;
pero más semejanza no concedo:
honra la mía dió, si dió tristeza;
deshonra da la tuya, á más de duelo.

Leon. ¡Deshonra! ¿Para quién?

Marq. ¡Para tu nombre!

Leon. ¿Quién la trajo?

Marq. ¡Leonor!

Leon (Con voz terrible.) ¡Por Dios eterno!
¿Deshonrarme ella á mí? ¿Y quién lo dice?

Marq. Yo, tu madre: yo soy.
(Se precipita Leonardo hacia ella; luego se contiene.)

Leon. Sólo por serlo
pudísteis pronunciar, ¡sh, madre mía!,
palabras. . que en verdad, ya no recuerdo.
(Calmándose y con acento triste y dulce.)
La propia mano al azotar el rostro
causa dolor tal vez, no vilipendio;
y así, señora, de la madre nunca
son para el hijo ultrajes los acentos.
Si palabras de amor la madre dice,
él las guarda en el fondo de su pecho;
si el enojo las dicta, antes que lleguen
á rozarle la faz, las lleva el viento.

Marq. No es digno de nosotros, hijo mío,
temblar ante el destino.

Leon. Yo no tiemblo.

Marq. ¡Yo sí temblé!

Leon. ¿Y cuándo y dónde, madre?

Marq. Arriba en el torreón: cuando los ecos
de esa mujer el nombre repetían,
ya dulces, ya amorosos, ya coléricos.
Y la luz apagué, al ver tu sombra
de un largo pasadizo en el extremo
avanzar hacia mí, gritando ronco:
«¡Leonor! ¡Leonor!...»

Leon. ¿Y bien?

Marq. Que tuve miedo..

Leon. ¿De mí, madre?
Marq. De ti, pero muy breve,
y ya pasó, pues á buscarte vengo.
Leon. ¿Habéis visto á Leonor? (Con inquietud.)
Marq. La he visto.
Leon. (Con ansiedad.) Entonces,
en este incomprensible alejamiento
de la mujer, señora, que es mi esposa,
¿teneis alguna parte?
Marq. Sí, la tengo.
Leon. (Procurando contenerse.)
¿Por vos decís que mi Leonor me deja?
Marq. Por mí, Leonardo.
Leon. (Con voz ronca y ya casi sin dominarse.)
¡Ah! ¿Por cuánto tiempo?
Marq. ¡Por siempre!
Leon. (Con acento terrible.)
¡Que por siempre!
Marq. Tú lo has dicho.
(Arrojándose furioso sobre su madre y oprimiéndola entre sus brazos.)
¿Que nunca la veré? ¡Que yo la pierdo!
(Con repentina transición y acariciándola dulcemente: á pesar de todo se siente rugír su colera oculta y contenida.)
¡Pobre madre! Sin duda en las tinieblas
de ese torreón deshabitado y viejo
vuestra mente soñó, soñó, no hay duda,
y ráfagas son éstas de aquel sueño.
Marq. No, Leonardo.
Leon. No hablemos de fantasmas,
pues despierta estais vos y estoy despierto.
Una palabra sólo necesito;
pero esa breve, clara, sin rodeos.
¿En dónde está Leonor?
(Coge á su madre por un brazo.)
Marq. Donde estar debe.
Leon. ¿En dónde está Leonor? (Con furia contenida.)
Marq. Donde quisieron
de Dios las iras, de tu honor la fama,
su culpa, tu delirio y mi derecho.
Leon. (Amenazando con la voz)
¿En dónde está Leonor?
Marq. ¡Leonardo!
Leon. ¡Pronto!

Marq. No te lo he de decir, ¡que no!
Leon. ¡Lo quiero!
Marq. ¡Leonardo!
Leon. ¡Madre!
Marq. (Con dignidad y clavando en él los ojos.)
Mira que tu mano
es ruda... y que me oprime sin saberlo.
(Leonardo, vencido, la deja, se separa algunos pasos y se oprime la cabeza con desesperación entre las manos. Al fin se calma y vuelve á su madre.)
Leon. Pues tranquilo me veis, madre, y humilde.
Mi voz será la voz de antiguos tiempos:
mi mirada la misma que afanosa
alzaba á vos, señora, el pequeñuelo
de caricias en busca, reclinado
como en nido de paz en vuestro seno.
¿Quereis llanto en mis ojos? Desde niño
sólo una vez lloré, cuando trajeron
á mi padre sin vida; pero ahora
lloraré, madre, si teneis empeño,
y para vos, y de mi propia sangre,
lágrimas forjará del alma el fuego.
(Arrodillándose.)
Al polvo que pisais irá mi rostro;
en él mis labios grabarán mil besos,
y como con ceniza penitente
él manchará mi tez y mis cabellos.
¿No basta, madre, aún? A vuestras plantas.
¿aún quereis más? Pues bien, amar prometo
al hombre que á mi padre robar supo
fortuna, hogar, familia, esposa y lecho:
ser traidor á su sombra venerada:
hacer con él lo que con él bicieron
cuantos le amaban. ¿Basta, madre mía?
¿Basta? Porque ya, madre, más no puedo.
(Cae vencido á los pies de su madre. Pequeña pausa.)
Y ahora decidme dónde está mi esposa,
no exijo, no: ¡suplico, lloro, ruego!
Mas pensad que en la vida todo tiene
por ley fatal su límite y su término,
y que hasta Dios á su pasión sublime
le puso fin sobre la cruz muriendo.
¿En dónde está Leonor?
Marq. ¿La aventurera?
¿la que robó tu nombre? ¿la que necio

elevaste hasta ti? ¿la que traidora
tu candidez burló?

Leon. (Levantándose furioso.) ¡Sí! ¡todo eso!
¿Pero en dónde está, madre? ¿en dónde?
[¡acaba!

Marq. ¿Quieres saberlo?

Leon. Sí.

Marq. Vas á saberlo,
De la refriega del Palmar sangrienta
dos piratas llegaron prisioneros:
una barca les dimos... y en la barca
una mujer... y todos, según creo,
llegaron al bajel...

Leon. ¡Que mi galera
en el abismo hundió!...

Marq. Pues en sus senos
puedes buscar la cortesana impura
que manchaba el blasón de tus abuelos.

Leon. (Este momento queda encomendado al talento del actor.)
¡Ella!... ¡Leonor!... ¡Ah!... ¡No!... ¡mentira,
[madre!
¡Me engañas! ¡que me engañas!... ¡no habeis
[hecho
lo que me dices! ¿Cómo? Si quedaron
(Mirando á su alrededor con extravío.)
don Luis y Osorio... ¡No! ¡Tal vez han vuelto
y en el castillo están!... Espera, madre...
(Corriendo á ella é impidiéndola que hable.)
¡No digas más!... ¡no más!... ¡Si no te creo!
¡Si te creyese!...
(Se apoya en ella con tal violencia que la hace caer al suelo. Retrocede espantado al verla en tierra.)
¡No!... ¡Jesús me valga!
¡No me ha dicho verdad! ¡Mintió de cierto!
¡Ella me dió la vida!... ¡No es posible!...
¡Espacio... ¡Luz!... ¡Leonor!... ¡Aire... yo mue-
[ro!...
(Sale por la derecha.)

ESCENA X

LA MARQUESA, en tierra. EL MARQUÉS, DON LUIS, OSORIO por la izquierda: corren á la Marquesa con afán, la levantan y la llevan al banco á medida que lo indica el diálogo

Osorio ¡Marquesa! (Desde dentro.)
Marqués ¡Blanca! (Lo mismo.)
Marq. ¡Llegad!
¡Osorio, don Luis, Marqués!
¡A mí pronto, á mí los tres!
¡Amparadme, por piedad!
(La llevan al banco.)
Marqués ¡En tierra y con tal espanto
mirando hacia aquella parte!
¿Quién pudo, Blanca, causarte
ese terror y ese llanto?
¡Habla pronto, yo lo exijo!
Luis ¡Quien ha sido no está lejos!
Marq. ¡Mi culpa, vuestros consejos,
una mujer y un mal hijo!
Marqués ¿Fué Leonardo?
Luis ¿Vino ya?
Osorio ¿Le dijísteis?
Marq. Lo peor
para él: que murió Leonor.
Luis ¿Y volverá?
Marq. Volverá.
Marqués ¿A qué fué?
Marq. Como un demente
á recorrer el castillo.
El cuento, aunque muy sencillo,
no pudo entrar en su mente.
(A don Luis y Osorio.)
Jura que vive Leonor...
á la torre fué á buscaros...
volverá... y al encontraros
¿quién ataja su furor?
Se niega á la realidad.
no hay razón que le contenga:
cuando venga... cuando venga...
¡Dios tenga de mi piedad!
Las dos manos apoyó

al partir, sobre mis hombros:
como se hunde en sus escombros
una torre, así me hundió
hasta dar conmigo en tierra:
clavó en mis ojos sus ojos,
que eran ascuas por lo rojos,
y consigo mismo en guerra,
como quien mira y no ve,
se marchó luego de aquí,
diciendo algo que no oí.
ni quiero saber qué fué.

Marqués Déjame, que mucho tardo
en castigar su insolencia.

Marq. Eso, no, que fué demencia.

Osorio Ya llega...

Leon. ¡Madre!

Marqués ¡Leonardo!

ESCENA XI

DICHOS, LEONARDO por la derecha. Al ver á don Luis y Osorio, detiene su ímpetu

Leon. ¡Don Luis!... ¡Osorio!.. ¡Por mi bien llegás-
[teis!
¡Entre mi mano y yo servid de valla,
que ya de mi furor siento rugiente
desbordarse la horrible catarata!
Yo mi vida os confié: más que mi vida,
mi luz, mi fe, mi amor, mi bien, mi alma.
¿Qué hicísteis de Leonor? ¡Responded pronto.
¡Hablad! ¡Decid! ¿A qué esperais?... ¡Quien
[calla,
su traición reconoce!... ¡Miserables!
la lengua desatad y la garganta,
si no quereis que á desatarlas mande
el fiero corte de mi roja espada!

Osorio ¿Qué hicimos de Leonor?

Luis ¿Saberlo quieres?

Leon. ¡Eso quiero, don Luis!

Luis Pues á las plantas
de tu madre traerla.

Leon. ¡Y bien!

Osorio Y entonces..

Luis (Interrumpiendo á Osorio.)
A su pecho asestar aquesta daga
que de tu padre fué.
Leon. ¡Herirla dices!
¿Y su sangre corrió?...
Luis No, por desgracia.
Marqués No, Leonardo, mi mano le contuvo.
Luis A mi pesar cedí.
Leon. Eso te valga. (A don Luis.)
Marqués No quise que la hiriera, que de un noble
en tizón ó puñal es mala mancha
de torpe meretriz la impura sangre.
Leon. ¡De torpe meretriz!... ¡Y así la infama
el hombre que más odio!... ¡Que me place!
Marq. ¡Y tu madre también!
Leon. ¡No!... ¡Calla!... ¡Calla!
¡Con ellos déjame!... Tú nada digas...
Contigo mi furor concluye en lágrimas...
y con ellos... en sangre... y eso quiero ..
(Volviéndose al Marqués.)
¡De torpe meretriz!...
Marqués Así se llama
la que allá, en Barcelona, cierta noche
vimos salir de impúdica morada.
Leon. ¡Mi Leonor!...
Marqués Tu Leonor vertiendo llanto
sobre sus ricas joyas y sus galas.
Leon. ¡Miente el Marqués de Castro!
Marqués (Echando mano á la espada.) ¡Vive el cielo!!..
Leon. ¡Que miente, digo!
Marq. ¡No!
Leon. ¡Que miente!
Marqués ¡Basta!
Marq. ¡Pues miento yo también, que yo la he visto!
Leon. ¿Que tú la viste?
Marq. ¡Sí!
Leon. ¿Dónde?
Marq. A mis plantas.
Leon. ¿Aquella noche?
Marq. ¡Aquella! ¡Cuando huía
de su amante tal vez, no de su infamia!
Leon. ¡Ah, no!... ¡Que no!... ¡No más!... ¡La luz no
[es sombra!
¡Ni el arcángel Satán ni ella me engaña!
¡La acusais y no puede defenderse!

¡Pero Leonor vendrá! ¡Mi voz la llama!
¡Potencias infernales, quiero verla!
¡Olas del negro mar, á mí lanzadla!
¡Por sentirla una vez contra su pecho,
Leonardo de Aguilar os vende el alma!

Marq. ¡Eso no!

Leon. ¡Ven, Leonor!... ¡Leonor!

Leonor (Desde la barca.) ¡Leonardo!

Leon. ¡Leonor, á mí!

Leonor (Que surge lentamente por detrás de la plataforma. De este modo llega al rompimiento central.)
¡Mi esposo!

Marq. ¡Virgen santa!

(Leonardo se precipita á su encuentro y ella cae en sus brazos; todos los demás personajes retroceden espantados, y forman un negro grupo, dominado por la superstición y el remordimiento.)

ESCENA XII

DICHOS y LEONOR

Leonor ¿Qué es esto?... ¿Dónde estoy?... ¿Dónde despierto?
Otra vez junto á ti... como en la plaza.
Aquella noche... ¡ay, Dios! ¡ay, mi Leonardo!
(Abrazándose á él.)
¡Tengo miedo!.. ¡Tus brazos!... ¡Tu mirada!...

Leon. Luego me abrazarás; luego mi boca
beberá tus sonrisas y tus lágrimas.
Ahora no. Mira allí. ¿Ves esas gentes
que nos observan con espanto y ansia?

Leonor (Vuelve la vista hacia el grupo de los demás personajes.)
¡Ellos!.. ¡Ellos!... ¡Ampárame, bien mío!

Leon. ¿Por qué, si estás conmigo, te acobarda
el enojo de nadie? Ven.

Leonor (Resistiendo.) ¡Leonardo!

Leon. (Llevándola hacia los demás.)
Aún más cerca, Leonor.
(Llamándolos.) ¡Venid! Levanta
el rostro. Que te vean, que repitan,
mirándote de frente, sus palabras.

¡Hablad! ¡Hablad! ¿Pero por qué te empeñas
el rostro en ocultar? ¡Así!
(Levantándola la cabeza á la fuerza.)
¡Miradla!
(A su madre.)
¿Es esta la mujer que aquella noche
amparo te pidió?

Marq. Sí. Por la santa
memoria de mis padres, de Dios vivo
por la cruz y la sangre derramada,
lo juro: y si estuviera de mi muerte
en el trance postrero, así jurara.

Leon. (A Leonor.)
Mi madre es ésta, lo que jura oíste,
y en ese juramento va su alma.
Pues bien, di que mintió y á ti te creo
y ella, con ser quien es, en la balanza
de mi amor y mi fe, es vapor tenue,
sonido que se va, sombra que pasa.

Leonor (Con afán y ansia, abrazandose á él.)
Sí, la verdad diré. No hubo en mí culpa:
la fuerza, la traición, gente villana...

Leon. ¡Eso no! ¡Que ha mentido has de jurarme!
¿Mintió mi madre?

Leonor ¡No!

Leon. (Estrechándola con violencia.)
¡Leonor!...

Leonor ¡Aguarda!..

Leon. ¿Pues si dijo verdad, á qué viniste?
Pues si dijo verdad, de la onda amarga
¿á qué brotó tu cuerpo? ¿A qué buscaste
orilla salvadora en esta playa?

Leonor (Con angustia.)
Para decirte...

Leon. ¡No!... Para decirme
que la corona que llevaste al ara
es el infame resto de una orgía,
bien estabas, mujer, en donde estabas.
(Rechazándola con furor.)

Leonor (Con sublime obediencia, dirigiéndose á la plataforma.)
Pues allá volveré...

Marq. (Queriendo detenerla.) ¡Leonor!

Leon. (Sujetando á su madre.)
No, madre;
déjala, no te acerques.

(A Leonor, que lentamente se dirige al mar, y extendiendo el brazo con ademán imperativo.)
¡Mucho tardas!

Leonor (Cruzando las manos)
Si escucharme quisieras...

Leon. Es inútil.
Aquella infame, maldecida casa,
¿logró mirar en sus inmundos huecos
la luz divina de tu frente blanca?

Leonor ¡Un instante no más!

Leon. ¡En uno solo
perdió Luzbel su celestial morada,
quemó sus sienes la diadema roja,
y ennegreció el armiño de sus alas!
Todo ese mar con todas sus espumas
para blanquear tu frente ya no basta.

Leonor ¿Entonces?...

Leon. ¡Morir debes por culpable!

Leonor (Con sublime desesperación.)
¡Pero si no lo soy!

Leon. Pues por honrada,
que de Aguilar la esposa no consiente
la duda de la sombra de una mancha.

Leonor ¿Quieres que muera?
(Leonardo hace una seña afirmativa.)

Marq. (Queriendo detenerla.) ¡No!

Leon. (A su madre, sujetándola.) ¡Mi honor es mío!
(A Leonor, con ademán imperativo; ésta sube á la plataforma siempre con la vista fija en Leonardo.)
¡A las olas el cuerpo! ¡A Dios el alma!
(A su madre con cierto insensato orgullo.)
¡Aun siendo lo que fué, con ser mi esposa
comprende su deber!

Leonor (Tendiéndole los brazos desde la plataforma.)
¡Cuánto te amaba!

Leon. (Hace un movimiento para correr á ella; después se arrepiente y retrocede.)
¡Y yo también... Leonor!... ¡No!... ¡Sigue!...
¡¡Sigue!

Leonor ¡Leonardo, adiós! (Se arroja al mar.)

Leon. (Que ha vuelto el rostro y lo ha cubierto con las manos, se vuelve al oir el último grito de Leonor y el golpe en el agua. Se precipita á la plataforma, sube por ella y mira.)
¡Leonor idolatrada!

¿Dónde estás? ¡Ya cayó! Las turbias olas
qué pronto la cogieron. ¡Y qué blanca
alrededor de su divino cuerpo
en la espuma brilló la luz del alba.

ESCENA ÚLTIMA

LEONARDO, MARQUESA, MARQUÉS, DON LUIS, OSORIO, CELIA, que entra apresuradamente por la izquierda con una carta en la mano. Comienza á amanecer

Celia ¡Del pirata! ¡Ya ha muerto! ¡Don Leonardo!
Esta carta leed.

Leon. ¿Qué voz me llama?

Celia (Sube á la plataforma, toma la antorcha y con ella y la carta se acerca á Leonardo instándole.)
¡Leed, leed por Dios!

Leon. Aparta, Celia,
que ofenden de esa luz las llamaradas.
(Le arranca la antorcha y la arroja á las olas.)
¡Al mar, al mar! No hay luz que no se ex
[tinga
al contacto salobre de sus aguas;
la resinosa luz de aquella tea,
como la luz purísima de un alma.
¡Las dos!... ¡Lo mismo!... ¡Allí!
(El pabellón ha quedado á obscuras: todo el rompimiento iluminado por la luz del alba: se ve el horizonte, el mar, algunos celajes: la cresta de la plataforma cubierta de espuma.)

Celia Dijo que prueba
contiene este papel tan fuerte y clara
en favor de Leonor...

Leon. ¡De Leonor dices!
¡Dame!... ¡Si no se ve!... ¡Sí!... ¡La del alba!
¡Esperad!... ¡Esperad!... ¡Ya resplandece!...
¡La luz!... ¡Del cielo viene!... ¡Dios la manda!
(Leonardo de pie sobre la plataforma, destacándose en un cuadro de luz: dos escalones más abajo y hacia atrás, Celia: á un lado los demás personajes: el pabellón completamente sombrío.)
¡Ah!... ¡Mi hermano!... ¡Leonor!... ¡Esposa
[mía!..

(Leyendo la carta: después les arroja el papel)

¡Tomad, leed!...

Marq. ¿A dónde vas? ¡Aguarda!

Leon. A cumplir mi promesa como honrado.
¡Al mar, señora, prometile el alma!

Marq. ¡Hijo!...

Marqués ¡Leonardo!...

Marq. ¡No!...

(Todos intentan acercarse: él desnuda la espada, describe un círculo y los aleja.)

Leon. ¡Nadie se acerque!
¡En su lecho nupcial ella me aguarda!
¡Si en el mar de la vida no hay orillas,
en el cielo las hay para las almas!

(Se arroja al mar. La Marquesa da un grito y cae en los brazos del Marqués.—Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

NOTAS

I

Las únicas modificaciones introducidas después del estreno, han sido las siguientes:

1.ª Suprimir algunas redondillas al final de la escena XI del acto 1.º y al principio de la XII, con el objeto de aligerar ambas: quedaron, pues, ambas escenas en esta forma:

ESCENA XI

DICHOS, menos el MARQUÉS y la MARQUESA

Lisardo ¿Por qué temes? Si seremos
tus esclavos.
Broc. Si serás
nuestra reina.
Lisardo Si saldrás
cuando quieras. Ven: entremos.

Diciendo los anteriores versos llegan sin violencia á la puerta de la casa.

Verás correr por tus venas
fuego que todo lo abrasa.
Leonor Prefiero mi pobre casa
y mis lutos y mis penas.
Camilo (Como tomando una resolución.)
Yo la salvo.

Después de pronunciar esta palabra enérgicamente, y de modo que el público comprenda bien el decidido propósito de Camilo de arrancar á Leonor de manos infames, entran ellas y ellos en casa de Taïs. Camilo se precipita en su seguimiento; Hacém va tras él.

ESCENA XII

CAMILO y HACÉM

Hacém ¿Y á qué fin?
Camilo (Sin atenderle y deteniéndose en el soportal.)
Aun es tiempo: no han pasado
la escalera, ni han llegado
á la sala del festín.

Estas palabras deben pronunciarse también, clara, distinta y enérgicamente, de manera que paren el vuelo impuro del pensamiento de algunos espectadores, y prevengan ciertos alardes.

¡Calla!... ¡Escucha! .. ¡Se escapó!...
Hacém (Se acerca y oye.)
¡Y aquí viene á todo vuelo!
Camilo Pues esta vez, vive el cielo,
que voy á salvarla yo.

Sigue la escena íntegra.

2.ª Suprimir en la última escena del acto 1.º esta redondilla:

Cab. 1.º Pasos se oyen... es la ronda.
Lisardo Pues adentro y á la cena:
yo no cedo mi morena,
ni siquiera por la blonda.

También aquí una parte del público se escandalizó y fué preciso respetar sus decisiones soberanas.

II

Conviene mucho que los actores insistan, por decirlo así, con el acento y la intención, en todos aquellos versos que indican y prueban que la casa á donde Lisardo y Brocamente conducen á Leonor, siendo ciertamente una morada impura y que mancha honras y nombres, no es una grosera y sórdida mancebía.

Estos versos son, entre otros, los siguientes:

Hacém dice en la escena primera:

> Esa *noble* mancebía,
> escándalo de estos reinos,
> *de la cortesana Taïs*
> *morada*, bazar y templo.

En la escena quinta dice también Hacém:

> ¿Cómo no,
> si á Lisardo del Pulgar
> y al Marqués de Brocamonte
> *de galas vendí un caudal*
> esta mañana? La víctima
> irá lujosa al altar
> de Babilonia, mancebo.

Claro es que para ir á ciertos antros, que una parte del público creyó ver en su fantasía, no se necesitaban ni galas, ni lujos, ni caudales.

En la escena XI se dice por Lisardo:

> Si tenemos
> en esa morada, oscura
> por fuera, porque es preciso,
> preparado un paraíso
> á tu divina hermosura.
> Un jardín que es un edén;
> vinos color de topacio;

aromas para el espacio;
guirnaldas para la sien.
De armonías, un torrente;
de luz, tanta, que es de día;
y toda la pedrería
de los bazares de Oriente.

¿Corresponde esta descripción á la idea, que no por culpa mía, sino por la maliciosa impaciencia de algunos, llegó á formarse el público de la casa de Taïs? Morada de impureza á no dudarlo, que de otro modo no hay drama; pero no lugar inmundo, en que el peligro empieza en el zaguán, como ciertas gentes con precipitación, que no debo juzgar, hubieron de imaginarse; ni tampoco grosera trampa de honras en que el peligro diríase que se mide por minutos, según el apuro que mostraban varios espectadores.

En la misma escena dice Camilo:

Aún es tiempo, no han pasado
la escalera, ni han llegado
á la sala del festín.

Donde se ve que por el pronto llevaban á Leonor á un festín; y se agrega para mayor tranquilidad, que ni aun á la sala habían llegado cuando hubo un caballero que la salvase.

¿Dónde está aquí lo grosero, lo indecoroso y lo inmoral? ¿Por qué hubo quien en vez de oir las explicaciones honradas del autor, *subrayó*, por decirlo así, toda la escena, y trasmitió al resto de los espectadores la interpretación que más podía dañar á la obra?

III

Quizá fuera conveniente para no dar ocasión á ciertos alardes de fantasía, que Leonor sólo se presentase en escena con Lisardo y Brocamonte, y que los caballeros 1.º, 2.º y 3.º saliesen de casa de Taïs y con Camilo fuesen á su encuentro.

También convendría que Brocamonte, Lisardo y los caballeros 1.º, 2.º y 3.º, vistiesen de claro y trajes lujosos para dar á toda la escena carácter de elegancia y riqueza.

Con las modificaciones introducidas; con las precauciones señaladas; procurando evitar toda violencia y haciendo alarde por el contrario de elegancia, de buen tono y de cortesía en los ademanes, la experiencia ha demostrado que ningún público, como de antemano no esté resuelto á escandalizarse, se escandaliza de la situación presentada por mí como fundamento de todo el drama, y que tantas veces y en variadas formas habrá sido realidad en la vida. Así en efecto sucedió desde la segunda noche en adelante; es decir, que no sucedió nada.

Por lo demás, que el drama es eminentemente moral no necesita demostrarse ni yo he de intentarlo siquiera.

Para quien no lo lea es inútil.

Para quien lo lea es inútil también.

OBRAS DE D. JOSE ECHEGARAY

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.
La esposa del vengador, drama en tres actos original y en verso.
La última noche, drama en tres actos y un epílogo original y en verso.
En el puño de la espada, drama trágico en tres actos original y en verso.
Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto original y en verso.
Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogía.)
El gladiador de Rávena, tragedia en un acto y en verso. (Imitación.)
O locura ó santidad, drama en tres actos original y en prosa.
Iris de paz, comedia en un acto original y en verso.
Para tal culpa tal pena, drama en dos actos original y en verso.
Lo que no puede decirse, drama en tres actos original y en prosa. (Segunda parte de la trilogía.)
En el pilar y en la cruz, drama en tres actos original y en verso.
Correr en pos de un ideal, comedia original en tres actos y en verso.
Algunas veces aquí, drama en tres actos y en prosa.
Morir por no despertar, leyenda dramática original en un acto y en verso.
En el seno de la muerte, leyenda trágica original en tres actos y en verso.
Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo XVI original en un acto y en verso.
Mar sin orillas, drama original en tres actos y en verso.

La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.

El gran Galeoto, drama original en tres actos y en verso precedido de un diálogo en prosa.

Haroldo el Normando, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogía.)

Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.

Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.

Piensa mal... ¿y acertarás? casi proverbio en tres actos y en verso.

La peste de Otranto, drama original en tres actos y en verso.

Vida alegre y muerte triste, drama original en tres actos y en verso.

El bandido Lisandro, estudio dramático en tres cuadros y en prosa.

De mala raza, drama en tres actos y en prosa.

Dos fanatismos, drama en tres actos y en prosa.

El conde Lotario, drama en un acto y en verso.

La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.

El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.

Lo sublime en lo vulgar, drama en tres actos y en verso.

Manantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.

Los rígidos, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo exposición en prosa.

Siempre en ridículo, drama en tres actos y en prosa.

El prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.

Irene de Otranto, ópera en tres actos y en verso.

Un crítico incipiente, capricho cómico en tres actos y en prosa.

Comedia sin desenlace, estudio cómico-político en tres actos y en prosa.

El hijo de Don Juan, drama original, en tres actos y en prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere.*

Sic vos non vobis ó la última limosna, comedia rústica original en tres actos y en prosa.

Mariana, drama original en tres actos y un epílogo en prosa.

El poder de la impotencia, drama en tres actos y en prosa.

A la orilla del mar, comedia en tres actos y un epílogo en prosa.

La rencorosa, comedia en tres actos y en prosa

María-Rosa, drama trágico de costumbres populares en tres actos y en prosa. (Traducción.)

Mancha que limpia, drama trágico en cuatro actos y en prosa.

El primer acto de un drama, cuadro dramático en verso.

El estigma, drama en tres actos y en prosa.

La cantante callejera, apropósito lírico en un cuadro y en prosa.

Amor salvaje, bosquejo dramático en tres actos original y en prosa.

Semíramis ó la hija del aire, (refundición). Drama en tres jornadas y en verso.

Tierra baja, drama en tres actos y en prosa. (Traducción.)

La calumnia por castigo, drama en prosa en tres actos y un prólogo.

La duda, drama original en tres actos y en prosa.

El hombre negro, drama original, en tres actos y en prosa.

Silencio de muerte, drama original en tres actos y en prosa.

El loco Dios, drama original en cuatro actos y en prosa.

Malas herencias, drama original en tres actos y en prosa.

La escalinata de un trono, drama trágico original en cuatro actos y en verso.

La desequilibrada, drama original en cuatro actos y en prosa.

A fuerza de arrastrarse, farsa cómica, original, en un prólogo y tres actos, en prosa

Entre dolora y cuento, monólogo.

El moderno Endymión, ídem.

El canto de la Sirena, ídem.

El preferido y los cenicientos, drama vulgar ó escenas de familia, en un prólogo y dos actos, por Librado Ezguieura.

202192

LS
E184m

Echegaray, José
Mariana, etc.

NAME OF BORROWER

DATE

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU